

CAPÍTULO PRIMERO

EL "HUÁSCAR" MURALLA MÓVIL DEL PERÚ.

OCUPACIÓN DEL LITORAL BOLIVIANO. EDUARDO AVAROA.

Las primeras jornadas de la guerra tuvieron por teatro, como ya se ha referido, la zona del salitre. Aquel gran desierto es el que fuera llamado por Almagro en los días de la Conquista, "país de la desesperación". En vez de plantas se veía en su suelo huesos y carnes secas de las bestias de carga que allí habían perecido de fatiga, restos en los cuales solían crecer amarillos líquenes. El liquen y el cactus eran la flora de esa inmensidad desnuda. La ausencia de lluvias permitía la perduración de capas salinas que el cuerpo de la tierra parecía trasudar y que formaban colinas con franjas tan densas que las casas de La Noria se alzaban sobre canteras de sal. La zona de estos depósitos está entre los grados de 19° y 26° de latitud Sur, en un área de acaso 750 kilómetros de largo con un promedio de 3 de ancho.

A los dos días de ocupada Antofagasta, el ejército invasor ocupó el asiento minero de Caracoles (16 de febrero). Los bolivianos expulsados por el enemigo acordaron unirse para oponer resistencia en el pueblo de Calama, bajo la dirección de un gran ciudadano, Ladislao Cabrera, a cuya autoridad se sometió el prefecto lugareño coronel Zapata. Sumaron estos guerreros improvisados 135 hombres armados con 35 rifles Winchester, 8 Remington, 30 fusiles de chimenea, 12 escopetas de caza, 14 revólveres, 5 fusiles de chispa y una treintena de lampas. Un destacamento con cuatrocientos oficiales y soldados de línea del ejército chileno salió del pueblo de Caracoles y arribó a Calama el 23 de marzo. Ofrecieron los invasores hacer una ocupación pacífica evitándose inútiles sacrificios y derramamientos de sangre. Eduardo Avaroa era un pacífico ciudadano que vivía con su esposa y cinco hijos en Calama. En su biografía se contaba haber sido profesor de escuela, comerciante y contador en el negocio de minas. No sólo rehusó escapar con su familia sino se hizo cargo del vado más importante en esa zona del río Loa, el puente Topater. Allí, rodeado de doce defensores, cayó luchando. Acribillado de heridas, se le intimó la rendición y respondió con altivas palabras levantándose para disparar varias veces hasta con un sable quiso defenderse contra la caballería. El enemigo hizo un homenaje a su heroísmo, y cuando, después de la batalla, se encontró el testamento que cuidadosamente había redactado antes de separarse de su familia, enviada lejos de la zona, se constató que sabía que iba a morir.

Mientras se luchaba en Calama, tropas chilenas desembarcaron en los puertos de Cobija y Tocopilla. Como también ocuparon Mejillones, quedaron dueños del desierto hasta las fronteras del Perú. La guerra de Chile con Bolivia había terminado en realidad aquí, porque avanzar al interior de esa República no habría traído utilidad alguna, aparte de las dificultades casi insuperables de esa operación y porque esta última República estaba demasiado pobre e inerme para arrojar a los invasores de su litoral.

LAS DOS ESCUADRAS

James Wilson King publicó en Boston en 1880 y en 1881 una descripción de la construcción, el poder y el armamento de los barcos que componían todas las marinas de guerra del mundo. La escuadra chilena contaba con dos acorazados, el Almirante Cochrane y el Blanco Encalada (gemelos, fabricados en Hull en 1874, 3.650 toneladas, 2.920 H.P., seis cañones Armstrong de 250 libras y otros cañones y blindaje de 9 pulgadas); las corbetas Chacabuco y O'Higgins, construidas en 1867 (1.670 toneladas, 800 H.P., tres cañones Armstrong de 150 libras y cuatro de a 40 y 70), y los buques de madera Esmeralda, reliquia de la guerra de 1866, Covadonga, capturada a los españoles en esa guerra, Magallanes y Abtao. Además de sus barcos de guerra, Chile tuvo a su disposición una excelente flota de transportes a vapor entre los cuales se destacaron el Rímac y el Matías Cousiño. La oficialidad de esta escuadra había sido entrenada en el extranjero. Un año antes de la guerra el Cochrane había sido enviado a Inglaterra para recibir algunas reparaciones y limpiar sus fondos. El uniforme y las ordenanzas navales chilenos eran de modelo norteamericano. Bolivia carecía de poder naval.

La armada peruana cuyos jefes y oficiales tenían el uniforme según el modelo inglés, estaba formada principalmente por los barcos adquiridos por Pezet quince años antes, o sea la fragata blindada Independencia, construida en 1865 por Samuda, Poplar, en el Támesis, de 2.004 toneladas, 550 H.P., un cañón de 250, uno de 150 y otros, armadura de cuatro pulgadas y media; el monitor blindado Huáscar, construido en 1864 por Birkenhead Iron Works, Inglaterra de 1.100 toneladas, 300 H.P., 2 cañones de 300, 2 de 40 y otros, armadura de cuatro pulgadas y media y la corbeta de madera Unión, de 1.150 toneladas. Además de estos barcos tenía la Pilcomayo, de 600 toneladas, y dos viejos monitores, el Atahualpa y el Manco Cápac, que servían como guardacostas o baterías flotantes y estaban estacionados permanentemente el uno en el Callao y el otro en Arica. El personal subalterno era inadecuado; la Escuela de Grumetes del Callao había sido clausurada poco antes de la guerra.

De los buques comprados por Pezet se había perdido la corbeta América en el maremoto de Arica el 13 de agosto de 1868.

Las diferencias a favor de la escuadra chilena eran múltiples: en la juventud de las naves, en la modernidad de elementos bélicos, en el tonelaje, en el número de buques y sus cañones a flote, en la cantidad y calidad de sus transportes, en el desplazamiento de las unidades, en el espesor del blindaje, (que no podía ser perforado ni por los más poderosos de los anticuados cañones peruanos). País de costa larga y accesible, a la que otrora llegaron los conquistadores españoles, la expedición libertadora y las huestes peruano-chilenas de la Restauración, sin embargo, el Perú- excepto en los tiempos de Ramón Castilla y de la guerra del 66- había carecido de conciencia naval.

LAS GESTIONES PARA ADQUIRIR BARCOS.

Inútiles resultaron, a veces por falta de crédito, a veces por insuficiencia del dinero disponible, a veces por la eficacia de las maniobras diplomáticas chilenas, a veces por querellas políticas y personales, las gestiones para reforzar la escuadra hechas por Canevaro, Rosas, Goyeneche, Luciano Benjamín Cisneros (ministro en Italia): Aníbal Villegas, Pflucker y Rico, Simón G. Paredes, los marinos Alejandro Muñoz y Ulises Delboy y otros peruanos abnegados en Europa; y José Carlos Tracy, Astete, Elmore y Alvarez Calderón en Estados Unidos. Estas gestiones se prolongaron hasta las batallas de San Juan y Miraflores. Hubo esperanzas, que luego resultaron defraudadas, en barcos pertenecientes a Francia, España, Turquía, Portugal, Dinamarca, Italia, Grecia, China y Brasil.

El gobierno argentino, afanado en conseguir blindados, se convirtió en un momento en competidor del Perú.

En el capítulo relativo a los aspectos económicos de la guerra se tratará de la colecta popular para comprar barcos y de la misión de Julio Pflucker y Rico.

Esta colecta reunió unas 120.000 libras esterlinas, suma insuficiente.

El gobierno francés tenía en venta dos acorazados relativamente poderosos, el Solferino y el Gloire. Los comisionados peruanos trataron de comprar este último por medio de un agente de Nicaragua. Pero la legación chilena descubrió la treta y una nota oficial que dirigió al ministro de Relaciones Exteriores de Francia bastó para suspender la venta.

Las negociaciones para adquirir en Turquía el acorazado Fehz-Bolend tuvieron como intermediario a un banquero griego. Varios políticos y palaciegos recibieron dinero para inducir al sultán a suponer que este personaje intentaba comprar el barco con el fin de venderlo a Japón. Un marino inglés que, bajo el título de Hobbart Baja, estaba al servicio de Turquía, deseoso de evitar a dicho país la pérdida de una de sus mejores unidades navales, optó por advertir a la legación chilena en Londres sobre el negocio en vísperas de que fuese concluido en Constantinopla. El escritor chileno Raúl Silva Castro ha publicado en su libro sobre Alberto Blest Gana datos sobre la correspondencia entre este diplomático y novelista chileno y su gobierno para impedir la operación proyectada. Un funcionario chileno fue enviado a Constantinopla cuya finalidad era la de que "mediante un estipendio de no menos de tres mil libras esterlinas (dice Silva Castro) influyese en el ánimo del sultán para que éste no accediera a vender buques al Perú".

En España la acción de la diplomacia peruana fue directa y trató de hacer valer el argumento de que el pacto de tregua indefinida vigente entre la antigua metrópoli, Chile y el Perú (antes de



Construida en la ciudad de Hull, Yorkshire (Inglaterra), entre 1872 y 1874, contaba con dos tubos lanzatorpedos de 14" sobre la línea de agua, dos tubos lanzatorpedos de 14" bajo la línea de agua, tres ametralladoras Gatling de 1" y 18 cañones de diferentes calibres. Al mando del comandante chileno Juan José Francisco Latorre, la Cochrane fue responsable de la derrota del monitor Huáscar en el combate de Angamos, el 8 de octubre de 1879.

firmarse el tratado peruano-español de paz en 1879) no impedía, según los principios del desarrollo Internacional, la venta de materiales de guerra a uno o a ambos beligerantes. El rey Alfonso XII no aceptó esta interpretación y comunicó a la legación chilena en París el proyecto peruano manifestando, al mismo tiempo, su firme propósito de mantener una estricta neutralidad durante la guerra del Pacífico.

Una de las probabilidades más ciertas estuvo acaso relacionada con la misión del capitán de navío Luis Germán Astete para adquirir en Nueva York el blindado Steven Battery. A este buque se refirió también con esperanza el general Prado en su manifiesto de Nueva York. Dice Joaquín Torrico en su informe en nombre de la comisión investigadora por los gastos de la guerra, nombrada en la época de Iglesias, que nada faltaba sino pagar el blindado para la cual se telegrafió a los agentes financieros del Perú en Europa con la finalidad de pedirles 750.000 dólares; pero que los comisionados contestaron "a mediados de enero de 1880 que habiendo tenido la República un cambio de gobierno no podían poner a su disposición los fondos que pedía". Según otras opiniones el Stevens Battery era inservible. Se trataba de una batería naval mandada a construir por el acaudalado norteamericano Robert L. Stevens en Heboken, al norte de Nueva Jersey, frente a Nueva York, al lado derecho del río Hudson. Stevens construyó esta batería bajo caprichosas ideas y la destinó a ser vendida al gobierno de estados Unidos; pero su ofrecimiento fue rechazado por considerar que se trataba de un artefacto inservible, según informes de la marina ratificados posteriormente por un delegado de la casa constructora de John Elder en Inglaterra. Stevens obsequió por testamento su batería al Estado de Nueva York pero éste no podía tener marina propia y la rechazó. Piérola tampoco aceptó la oferta para que el Perú comprase el Stevens Battery y que todavía no había sido concluido. Primó la idea de que no hubiera podido jamás llegar hasta las aguas del Pacífico y de que no se trataba de un buque destinado a atravesar los mares sino a defender el puerto de Nueva York. El 29 de setiembre de 1880 el Stevens Battery fue rematado a un armador de ese puerto por 55.000 dólares, con el fin de aprovechar el hierro y la madera.

Lo ocurrido en Dinamarca es otro episodio típico de aquel momento. En virtud de recomendaciones apremiantes de Luciano Benjamín Cisneros, ministro en Italia comenzó Aníbal Villegas, cónsul en Hamburgo, a hacer en mayo de 1879 diligencias con el objeto de ver si se podía obtener algún buque de guerra. Logró al fin el dato de que era factible adquirir la fragata blindada Dinamarca. Los marineros peruanos aprobaron este barco aunque su velocidad no era grande y se consiguió la bandera de un país no beligerante; pero el gobierno danés rehusó porque era de un Estado tan pequeño que no ofrecía la garantía necesaria para sumir la responsabilidad eventual del caso. Esta dificultad pareció obviada cuando se logró que dicho gobierno aceptara el negocio con un comerciante autorizado. Los marinos Muñoz y Delbo se manifestaron también satisfechos con un buque blindado más pequeño y que también podía comprarse en Dinamarca pero no antes que la fragata. En agosto de 1879 el asunto parecía en camino a un buen resultado. Pero los señores Canevaro y Cisneros (informados por Villegas de lo que ocurría) manifestaron que no podían hacer el depósito de 20.000 libras esterlinas exigidos como cuestión previa; y además, surgió la esperanza de obtener una nave mejor. La correspondencia sobre la negociación aquí

referida conservada en el archivo Villegas duró hasta noviembre de 1879 sin que se concretase nada.

Falta estudiar en detalle, con los documentos necesarios, la acción para la compra de unidades navales destinadas al Perú en esta guerra. El único barco que llegó fue después de firmada la paz (otro quedó entregado a los acreedores) fue (con fondos de los donativos populares) el crucero Lima, construido en 1880 en los astilleros de Kiel, con 1.790 toneladas, 77.70 m. de largo y 10.30 m. de ancho y 5.70 m. de altura, 2 hélices, 2.000 caballos de fuerza, 4 cañones de 10 mm. y 2 ametralladoras, 14 nudos de andar por hora. Los transportes Chalaco y Constitución que junto a la Lima, conformaron la nueva marina peruana después de la guerra con Chile fueron construidos en 1884 (San Francisco) y en 1866 (Newcastle) respectivamente.

La escuadra no logró, pues, ser reforzada durante la guerra. A pesar de las ilusiones albergadas en el Perú y también en Bolivia consta en la correspondencia guardada en el Archivo Nacional de Washington que, tanto los diplomáticos norteamericanos residentes en Lima, Gibbs y Christiancy como el almirante Rodgers, jefe de la flotilla del Pacífico, consideraron desde el primer momento que el Perú perdería la guerra por su debilidad en el mar.

Tampoco alcanzaron el éxito esperado los torpedos que W. R. Grace adquirió en Estados Unidos del ingeniero John Louis Lay, famoso durante la guerra de secesión; de la United States Torpedo Company y de la fábrica Herreshobb.

EL COMBATE DE IQUIQUE

La escuadra chilena empezó por bloquear el puerto salitrero peruano de Iquique. En el llamado combate de Chipana o Loa, hubo un tiroteo sin consecuencias entre la corbeta chilena Magallanes y la corbeta Unión y la cañonera Pilcomayo, peruanas (12 de abril). Luego los barcos chilenos incendiaron Pisagua y bombardearon Mollendo. Dejaron en seguida, para el bloqueo de Iquique a la corbeta Esmeralda y a la goleta Covadonga y se dirigieron al Callao para capturar por sorpresa a los buques peruanos. Como no tenía servicio de informaciones, ignoraba el almirante chileno Juan Williams Rebolledo que dichos barcos zarpaban del Callao conduciendo al Presidente Prado al Sur. Ambas escuadras se cruzaron sin verse. Después de desembarcar el Presidente en Arica, el Huáscar y la Independencia, informados del bloqueo de Iquique, avanzaron hasta ese puerto, a donde llegaron al amanecer del 21 de mayo de 1879. La contienda era desigual: barcos peruanos de acero contra barcos chilenos de madera. El Huáscar tomó a su cargo la Esmeralda que no pudo escapar por su escaso andar.; mientras la Independencia perseguía a la Covadonga puesta rápidamente en marcha hacia el sur.

Mandaba la Esmeralda Arturo Prat, nacido el 3 de abril de 1848, en cuyo historial contábase la participación en la captura de la Covadonga cuando éste era un barco español y el profesorado en la escuela naval. Hubiera podido rendirse o hundir su barco frente al Huáscar, no lo hizo. En el

ARTURO PRAT CHACÓN
(1848 - 1879)



El marino chileno comandante de la corbeta Esmeralda, participó en el conflicto con la escuadra española del Pacífico, tomando parte en el combate de Abtao (1866) y en la captura del buque español Virgen de la Covadonga. Tras la guerra contra España, Prat ejerció el cargo de subdirector (1872) y director interino de la Escuela Naval (1875). En abril de 1879 llegó a Antofagasta y fue designado comandante de la corbeta Covadonga, primero, y luego de la Esmeralda. El 21 de mayo, en el combate de Iquique, se enfrentó con el Huáscar y la Independencia. Prat murió durante la lucha.

puerto de Iquique, cañones improvisados comenzaron a disparar contra la Esmeralda, la obligaron a salir de la posición próxima a la playa que había buscado y limitaron el campo de maniobra del adversario. Durante varias horas, el Huáscar estuvo disparando sin hacer gran daño. Entonces Grau decidió usar el espolón. Al chocar ambos barcos, Prat, el sargento Juan de Dios Aldea y un marinero, saltaron sobre el puente del monitor, y murieron allí. Después del segundo espolonazo, saltaron el teniente Ignacio Serrano y algunos marineros sobre el Huáscar para ser muertos enseguida. Al tercer espolonazo, la Esmeralda se hundió con su pabellón al tope. Eran las 12 y 10 p.m. El combate había durado cuatro horas.

Entre las distintas y contradictorias versiones peruanas de este encuentro debe ser resaltada la que dio Grau en su parte oficial. "El comandante de ese buque (expresó allí refiriéndose a la Esmeralda) nos abordó, a la vez que uno de sus oficiales y algunos de sus tripulantes por el castillo y en la defensa de ese abordaje perecieron víctimas de su temerario arrojó". A su vez, el jefe de Estado Mayor del Ejército del Sur, Antonio Benavides, en su parte al general en jefe de dichas fuerzas, escrito el mismo 21 de mayo, expresó su admiración ante el hecho de que la Esmeralda no se hubiera rendido "sucumbiendo heroicamente con sus tripulantes". Homenaje a este barco y a quienes a él pertenecían rindió desde el diario El Comercio de Iquique el periodista y poeta tacneño Modesto Molina al hacer la crónica del combate. Puede decirse que Molina fue el primer cantor de la hazaña de Prat.

De resultas de lo ocurrido en Iquique, cuenta el marino norteamericano Mason que se detiene largamente en este encuentro con interés profesional y por el entusiasmo ante sus protagonistas, Grau cambió su tripulación en parte con el propósito de tener artilleros más eficientes e hizo no sólo reparaciones sino arreglos en su barco para ponerlo en mejores condiciones para combatir. Entre los muertos peruanos en el

Huáscar estuvo el teniente Jorge Velarde.

LA PÉRDIDA DE LA INDEPENDENCIA.

Mientras tanto, la Covadonga, dirigida por un práctico inglés, en su retirada llegaba a Punta Gruesa y pasaba indemne sobre rocas submarinas gracias a su poco calado. La gruesa artillería de la Independencia de nada sirvió (dice Paz Soldán) como consecuencia precisa de un buque que emprende una campaña sin haber hecho antes un solo ejercicio de fuego ni de maniobras". El parte del comandante More está de acuerdo con esta versión. Dice: "Habían transcurrido hasta

entonces más de tres horas de combate y viendo lo incierto de los tiros de, nuestros cañones, por la falta de ejercicio, pues toda la tripulación era nueva...". Dos veces acometió la Independencia con el espolón y tuvo que retroceder al encontrar poco fondo, y así permitió a la Covadonga cuyo calado era escaso, aumentar la distancia. A la tercera arremetida, chocó la Independencia con una roca "que no está marcada en la carta, pues se encuentra al N. del último bajo que aparece en ella", dice More. Se llenó de agua el buque, apagáronse los fuegos y se suspendieron los calderos. La Covadonga regresó entonces para ametrallar a los náufragos. Los cañones de la Independencia contestaron aunque casi los cubría el agua; luego siguieron las ametralladoras de las cofas y los rifles y revólveres de la tripulación agolpada en la cubierta, hasta agotarse las municiones. Y a mansalva, la Covadonga siguió haciendo fuego a los tripulantes que nadaban en el mar y al buque mismo; una de las bombas rompió el pico de mesana donde estaba izado el pabellón; pero More mandó ponerlo en otra driza. Todavía tuvo tiempo de hacer medir todo el contorno del buque: la sonda marcó por todos los lados de cinco y media a seis brazas, o sea una profundidad considerable.

Grau había gastado bastante tiempo agotando sus esfuerzos para salvar a los sobrevivientes de la Esmeralda, al bajar a tierra algunos de ellos en Iquique dieron vivas "al Perú generoso". Avanzó luego en busca de la Independencia y la encontró cuando se hundía con veinte hombres a bordo, More entre ellos, que prendieron fuego al buque antes de abandonarlo. Al avanzar el Huáscar, la Covadonga reanudó su fuga. Al testimonio de More y Paz Soldán ya mencionado, preciso es agregar otra consideración, no ajena a la desgracia de Punta Gruesa. La marinería que se embarcó en las naves peruanas fue colecticia, formada en parte por fleteros. También hubo en el primer momento tolerancia para algunos jóvenes que sin ser marineros ni militares quisieron embarcarse. Estos voluntarios fueron llamados "cucalones" porque uno de ellos, apellidado Cucalón, murió ahogado al ser arrojado al mar por la corriente de aire producida por un fognazo del Huáscar.

LA OPINIÓN PRIVADA DE GRAU SOBRE EL COMBATE DEL 21 DE MAYO.

Una carta inédita de Grau a Prado facilitada al autor de este libro por gentileza de la señora Angélica Gutiérrez de González, a quien pertenece, concesión obtenida gracias al señor Ismael Cobiá Elmore, Ofrece la opinión personal del comandante del Huáscar acerca del combate de Iquique.

LA CORBETA
ESMERALDA



La más antigua de las embarcaciones de la flota chilena, fue construida entre 1854 y 1855 en los astilleros de la ciudad de Northfleet, Kent (Inglaterra), íntegramente de madera y forrada con cobre. Participó en el conflicto con España entre 1865 y 1866. Tras una serie de reparaciones, la Esmeralda quedó equipada con 12 cañones Armstrong y 4 cañones Wirthworth. Fue hundida por la escuadra peruana durante el combate de Iquique, el 21 de mayo de 1879.

La primera impresión que transmite Grau al Director de la campaña es que se ha producido un desastre. Justifica luego la demora en echar a pique la Esmeralda por la noticia que le transmitió el capitán del puerto de Iquique en el sentido de que ese barco hallábase defendido por un cordón de torpedos.

Luego expresa: "La falta de disciplina y de ejercicios de fuego en la ya mencionada fragata (Independencia) ha sido la verdadera causa de su pérdida, esta es la pura verdad como le será fácil a Ud. poder corroborar si se informa privadamente de todo lo que ha pasado en ese buque desde antes del combate y después de él". ¡Grave Revelación!

EL SIGNIFICADO DEL COMBATE DEL 21 DE MAYO.

La jornada del 21 de mayo fue decisiva para la suerte de la campaña marítima y señaló el destino que iba a tener la guerra. Chile quedó sin una vieja corbeta de madera de 850 toneladas, mal armada, reliquia de la guerra de 1866 y tonificó su espíritu patriótico con el heroísmo de Prat y de sus compañeros. El Perú perdió el primer barco de la escuadra, la fragata de 2004 toneladas mejor que el Huáscar como que había costado dos veces más. "Ese día (declaró Prado en su manifiesto de Nueva York en agosto de 1880) pudimos haber resuelto en nuestro favor el problema de la guerra, porque debimos apresar o echar a pique los tres buques enemigos que estaban en Iquique (alude a la Esmeralda, la Covadonga y el transporte Matías Cousiño), ese mismo día debieron, conforme a mis órdenes e instrucciones, pasar nuestros buques a Antofagasta donde habrían sido echados a pique o caído en nuestro poder cuatro o cinco transportes chilenos llenos de tropa que llegaban a la sazón. Puede calcularse cuál habría sido el desastre del ejército de Antofagasta, considerando el efecto que hubiera producido la pérdida de las fuerzas de a bordo y la destrucción de las máquinas de agua que surtían la tierra".

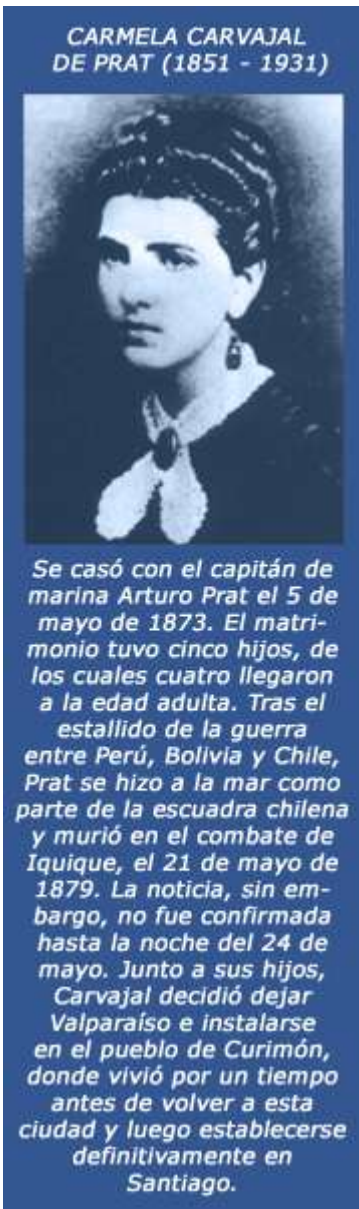
Habrá quien encuentre demasiado optimistas estas hipótesis. Pero, de todos modos, juntos, .el Huáscar y la Independencia hubieran por lo menos disminuido las desventajosas condiciones dentro de las que luchaba el Perú.

GUILLERMO GARCÍA Y GARCÍA.

Uno de los muertos en la Independencia fue Guillermo García y García. Nacido en Lima en 1847 habíase dado a conocer hacia 1863 en el Colegio Militar en la sección destinada a quienes aspiraban a pertenecer a la profesión naval. Terminados sus estudios sirvió en la escuadra y llegó a tener la clase de alférez de fragata. Se dedicó después a la marina mercante. Al mando de buques de vela se dirigió a la costa de la China y en varios viajes felices logró asegurar su reputación profesional. Como comandante de la Florencia navegó desde Inglaterra, pasó por el canal de Suez e hizo flamear quizás por vez primera el pabellón nacional en esa vía. En 1878 inició el comercio con Nueva Zelandia al llevar azúcar y al traer al Callao trigo. Acababa de casarse cuando estalló la

guerra con Chile y le sonreía la perspectiva de lograr una fortuna si continuaba en el trabajo al que se había consagrado. Prefirió, sin embargo, ofrecer su vida a la defensa nacional. Tenía entonces treinta y dos años.

LA CORRESPONDENCIA ENTRE GRAU Y LA VIUDA DE PRAT.



Desde Pisagua, con fecha 2 de junio de 1879, Grau envió la siguiente carta a la viuda de Prat: "Dignísima señora: Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a usted y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a remontar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado que tuvo lugar en las aguas de Iquique entre naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la Esmeralda, fue, como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria. Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso y triste deber de enviarle las para usted inestimables prendas que se encontraron en su poder y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán, indudablemente, de algún pequeño consuelo en medio de su desgracia y por ello me he anticipado a remitírselas. Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respeto con que me suscribo de usted, señora, afectísimo y seguro servidor. Miguel Grau".

Los objetos antedichos fueron: una espada sin vaina pero con sus respectivos tiros: un anillo de oro de matrimonio; un par de gemelos y dos botones de pechera de camisa, todo de nácar; tres copias fotográficas, una de su señora y las otras dos probablemente de sus hijos; una reliquia del Corazón de Jesús, escapulario del Carmen y medalla de la Purísima: un par de guantes Preville; un pañuelo de hilo blanco, sin marca; un libro memorándum; y una carta cerrada dirigida al señor J. Lassero, Gobernación Marítima de Valparaíso.

La respuesta a esta carta fue la siguiente: "Valparaíso, agosto 1° de 1879. Señor Miguel Grau. Distinguido señor: Recibí su fina y estimada carta fechada a bordo del monitor "Huáscar" en 2 de junio del corriente año. En ella, con la hidalguía del caballero antiguo, se digna usted acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo; y tiene la

generosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraron sobre la persona de mi Arturo; prendas para mí de un valor inestimable por ser, o consagradas por su afecto como los retratos de mi familia, o consagradas por su martirio, como la espada que lleva su adorado nombre".

"Al proferir la palabra martirio no crea usted, señor, que sea mi intento de inculpar al jefe del Huáscar la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe que arrostrando el furor de innobles pasiones sobre, excitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo y de poner muy alto el nombre y la conducta de mi esposo en esa jornada, y que tiene aun el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo poniendo en mis manos una espada que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida; un jefe semejante, un corazón tan noble, se habría, estoy cierta, interpuesto, a haberlo podido, entre el matador y su víctima, y habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su patria como desastroso para mi corazón.

"A este propósito, no puedo menos que expresar a usted que es altamente consolador, en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América, las escenas y los hombres de la epopeya antigua". "Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona y por las nobles palabras con que se digna honrar la memoria de mi esposo, me ofrezco muy respetuosamente de usted atenta y afectísima S.S. Carmela Carvajal de Prat".



LAS PRIMERAS CORRERÍAS DEL "HUÁSCAR"

Perdida la Independencia, quedó el Huáscar prácticamente solo. Era buque inferior a cualquiera de las blindadas enemigas y, sin embargo, mantuvo la lucha como dueño del mar. Con él, el Perú mostró audacia, arranque de acometida, comando sobre los acontecimientos, peligrosidad en el ataque. Con él, entrevió una ilusión de victoria. La opinión pública, cada vez más entusiasta, comenzó a demandar incesantes proezas al monitor. En Hispano-América, Brasil, Estados Unidos y Europa surgió ante él una actitud unánime de admiración.

EL HUÁSCAR EN VALPARAÍSO



Tras la derrota peruana en Angamos, el Huáscar fue trasladado por los chilenos a Valparaíso, como se ve en esta imagen. Allí fue reparado, incorporado a la escuadra chilena y utilizado en el bloqueo a los puertos peruanos, desde Arica hasta Mollendo. En abril de 1880 participó en el bloqueo al puerto del Callao. También se lo utilizó como apoyo en el ataque a Chorrillos y en la batalla de Miraflores (1881), así como en el bloqueo de Paita (Piura). Hoy, la embarcación se encuentra en la base de Talcahuano (Chile).

Después de romper el bloqueo de Iquique y de hundir a la Esmeralda, se aproximó el Huáscar a Antofagasta bombardeó el puerto, capturó naves mercantes y cortó las comunicaciones cablegráficas. Regresó el 27 de mayo y aunque el Blanco Encalada pretendió darle caza, no pudo infligirle daños de consideración.

Al Callao llegó el 7 de junio y fue acogida con un gran homenaje popular. Reparó las gloriosas averías sufridas desde el combate de Iquique, coincidiendo esta etapa con la mala estación en las costas del sur de Cobija. Al salir de nuevo a la lucha, se dirigió a Iquique, donde combatió con el Cochrane, el Magallanes, el Abato y el Matías Cousiño, en la noche del 10 de julio., rindiendo y perdonando a este último barco. El Capitán Augusto Castleton del Matías Cousiño mandó a Grau una carta de agradecimiento y un Cajón de vidrio para que bebiera a su salud. Grau contestó (Arica, 14 de agosto de 1879): "Conociendo perfectamente que el buque que usted comandaba era un transporte chileno mi deber era destruirlo, por consiguiente mi conducta para con usted y su tripulación en esa ocasión me fue inspirada por un simple sentimiento de humanidad, el mismo que emplearé siempre con todo buque al que quepa atacar en un caso semejante no mereciendo por ello ningún sentimiento de gratitud". Tocó en el siguiente viaje, el Huáscar en nueve puertos; bombardeó Caldera, hizo daños en Huasco, Chañaral, Carrizal y Pan de Azúcar y

capturó poco después barcas cargadas de carbón y cobre.

LA CAZA Y APRESTAMIENTO DEL TRANSPORTE CHILENO RÍMAC.

Para esta expedición habían salido juntos de Arica el 17 de julio. Grau con el Huáscar y la Unión bajo la dirección de Aurelio García y García y el comando inmediato de Nicolás F. Portal. La Unión apresó sucesivamente a las mercantes chilenas Adelaida Rojas y E. Saucy Jack que enarbolaban en uso ilegítimo la bandera de Nicaragua. Ambas barcos peruanos entraron al puerto chileno de Caldera el 20 de julio. El Huáscar siguió a Huasco y a Chañaral donde el 22 de julio apresó a la barca Adriana Lucía cargada de cobre, y a la Unión a Carrizal.

En las primeras horas del 23 de julio, la Unión encontró un vapor que navegaba con rumbo a Antofagasta. Durante varias horas estuvo persiguiéndola hasta que apareció en el horizonte el Huáscar. La nave acosada, que era el transporte de guerra chileno Rímac, no había cesado de recibir disparos y se decidió al fin a izar en el tope del trinquete bandera blanca y a parar su máquina. La llegada del Huáscar fue, pues la señal para que esta operación naval tuviera un resultado feliz. Cayeron en poder de los peruanos la bandera chilena que estaba amarrada en la

driza de popa del Rímac, el capitán de fragata Ignacio. Gana, el escuadrón Carabineros de Yungay, compuesto de 258 plazas al mando del comandante Manuel Bulnes cuyo segundo era el sargento mayor Wenceslao Bulnes, 215 caballos, pertrechos, municiones, carbón y gran cantidad de aprestos bélicos y víveres. El Huáscar hizo uso de sus embarcaciones para conducir tropa, marineros y oficiales y dotar al transporte apresado de una tripulación junto con una parte del personal de la Unión; los prisioneros fueron distribuidos entre los dos buques peruanos. Al mando del Rímac quedó el capitán de fragata Manuel Melitón Carvajal.

El populacho de Santiago, al tener noticia de esa captura, apedreó al ministro de Guerra, insultó al Presidente y, junto con el ministro, renunciaron varios altos funcionarios, entre los que estuvieron el comandante de la escuadra Juan Williams Rebolledo y el comandante del Cochrane, Roberto Simpson, Galvarino Riveros reemplazó al primero y Juan José Latorre, comandante de la Magallanes, al segundo. Para compensar la pérdida del Rímac adquirió Chile el más rápido de los barcos de la Compañía Inglesa de Vapores, al que bautizó con el nombre de Columbia.

EL VIAJE DE LA "UNIÓN" A PUNTA ARENAS.

El 31 de julio de 1879 partió la Unión de Arica, bajo el comando de García y García, con rumbo al estrecho de Magallanes para interceptar, si ello era posible, un buque salido de Liverpool con rifles, cañones y pertrechos de guerra destinadas al ejército de Chile. La Unión entró en los canales del estrecho el 13 de agosto y se presentó ante Punta Arenas tres días después. La nave que pretendía cazar ya había zarpado al norte. García y García no ejerció ningún acto hostil contra la vida y los intereses de los moradores de la colonia. Gran parte de la ruta del regreso fue recorrida a la vela porque la corbeta peruana no tenía carbón y en esas condiciones afrontó fuertes temporales, mar borrascoso, vientos variables, lluvias constantes y calmas súbitas. El viaje duró cuarenta y cinco días.

LAS CORRERÍAS DEL "HUÁSCAR". DESDE AGOSTO A FINES DE SETIEMBRE.

El 1 de agosto salió el Huáscar de Arica con el Rímac rumbo al sur; pero sufrió las consecuencias de la braveza del mar, y recibió daños. El Rímac tuvo que dirigirse al Callao. Siguió el Huáscar hasta Caldera e intentó coger al barco chileno Lamar que en este puerto se pegó al muelle en un pasaje con poco fondo. De ahí pasó a Taltal el 7 de agosto, donde comenzó a destruir lanchas hasta que aparecieron buques enemigos, entre ellos el Blanco Encalada. Continuó su viaje al norte y tocó en Cobija y Tocopilla. Sirvió luego de convoy al transporte Oroya de Iquique a Arica.

El 22 de agosto salió el Huáscar de Arica con el transporte Oroya y se dirigió a Iquique y luego a Antofagasta a donde llegó en la madrugada del 25 encontrando a los buques del enemigo Magallanes y Abtao, el transporte Limarí y otro vapor pequeño anclados detrás de varios navíos mercantes y muy próximos a tierra. Su presencia fue delatada por un cohete de luces. "No era

prudente atacarlos con el ariete (expresó Grau en su parte al referirse a los barcos chilenos) porque fondeados inmediatos a los arrecifes del Norte y del Sur que forman la poza, en la oscuridad de la noche y entre catorce buques mercantes que llenaban el fondeadero, se hacía inseguro gobernar con acierto para llegar hasta ellos, aparte del peligro que se corría de chocar en una roca. No podía tampoco hacer uso de la artillería porque ya estaba aclarando el día y era comprometido trabar combate en medio de buques neutrales, a los que podía ocasionarse algún daño de consideración". Salió así del puerto y se dirigió a Taltal donde capturó nueve lanchas y un pontón con el cual hizo ejercicio de fuego de artillería para destruirlo.

El 28 de agosto en la tarde libró el Huáscar un combate de artillería de cuatro horas con las baterías de Antofagasta que habían sido reforzadas y los buques Magallanes, Abtao y Limarí. A la distancia de 3.000 a 3.500 metros, disparó 26 obuses con sus cañones, de 300 y 2 con sus cañones de 40 libras, desmontando un cañón, de 300. Los daños en la máquina del Abtao fueron importantes. En este combate murió en el Huáscar el teniente Carlos de los Heros. El teniente Fermín Diez Canseco se lanzó al agua y desvió la trayectoria de un torpedo Ley que había regresado e iba a chocar con el monitor. Mientras el Oroya, que le había acompañado en la correría, se dirigía a Arica llevando a remolque algunas pequeñas barcas capturadas, el Huáscar después de hacer estas presas en Mejillones, Cobija y Tocopilla, llegó a Iquique el 30 de agosto. Zarpó esa misma tarde en dirección a Arica, para convoyar al transporte Chalaco cargado de municiones de guerra, y regresó en seguida a Iquique el 2 de setiembre. El Huáscar volvió al mar junto con la Unión, saliendo del puerto de Arica rumbo al litoral chileno el 30 de setiembre.

EL GRADO DE CONTRALMIRANTE.

Grau no aceptó los goces y la insignia de contralmirante y las razones para esta actitud las explicó en una carta íntima del gran marino a su amigo Carlos M. Elías, publicada por don Felipe A. Barreda en 1959. Ella tiene fecha 20 de setiembre de 1879 en Arica, a menos de un mes de la tragedia. He aquí algunos de sus párrafos: "Si algo pueden halagar en este mundo los honores militares, ciertamente que yo debía estar muy satisfecho, como en efecto lo estoy, por haber obtenido un ascenso por unanimidad en ambas Cámaras, y sin embargo de esto me he visto obligado a renunciar, no el contraalmirantazgo que no se puede, pero sí, los goces y uso de la insignia; por muchas razones que reservadamente te voy a referir.

Primera Razón: Mientras el "Huáscar" tremolaba un simple gallardete de Comandante nada de particular tenía que yo huyera (conforme a órdenes) a la vista de un blindado, pero ya con insignia de Contralmirante, sería para mí muy vergonzoso tener que correr con ella izada.

Segunda Razón: Yo abrigo la vanidad de creer que ninguno maneja el "Huáscar" como yo, y en este concepto, no encuentro otro que me reemplace, que conozca las cualidades y defectos de este buque, circunstancia que influye principalmente en el éxito de un combate. Como almirante en Jefe, no sería posible que yo dirigiese el buque, y en el caso de tener comandante habría

necesidad de estarle diciendo colóquese Ud. en tal o cual situación, vaya para atrás o para adelante, etc., etc.: lo que no es posible mandar en un combate y con un solo buque.

Tercera Razón: Tiene un alcance político.

Cuarta Razón: Se me quiere imponer un Comandante que a mí no me conviene, porque no lo creo conveniente.

Todos estos fundamentos han logrado en mi ánimo (y en otros muchos que el apuro no me permite consignar) para decidirme a solicitar que se me deje como simple comandante del "Huáscar" y se excuse el uso de la insignia.

Como tú comprenderás también he renunciado al sueldo para ser lógico" (Aquí termino la cita).

Coincide con estas afirmaciones Juan de Arona en su poema "Catafalco ideal" publicado en la Corona Fúnebre de 1880. Apartó las insignias de Almirante quiso ser más ¡del "Huáscar" Comandante!

EL PEDIDO DE GRAU PARA EL ASCENSO DE SUS COMPAÑEROS.

Al recibir del Congreso, por propuesta del Poder Ejecutivo, el grado de contralmirante, Grau se dirigió desde Arica a su superior inmediato, para elogiar a los jefes, oficiales y aspirantes que pertenecían a su barco "por su distinguida conducta" como" por su puntualidad en el servicio y la resignación con que han sabido sobrellevar las fatigas que hasta hoy les ha impuesto la campaña". Pidió el ascenso a la clase inmediata de los jefes y oficiales y el título de guardiamarinas para los aspirantes (4 de setiembre de 1879).

LA CARTA DE GRAU AL PADRE DE CARLOS DE LOS HEROS.

En carta fechada en Arica el 18 de setiembre de 1879, Grau remitió a Juan de los Heros; padre del teniente segundo Carlos de los Heros, un fragmento de la bomba que causó la muerte de este valeroso marino junto con una notable carta. Allí expresó su sentimiento por la desgracia ocurrida, el aprecio que tenía por "uno de los oficiales más distinguidos que he tenido bajo mis órdenes: su ejemplar modestia, su pundonoroso comportamiento, su caballeresco porte y cuantas dotes personales pueden adornar a un oficial estaban reunidas en él y se notaban con sin igual naturalidad. Agregó en seguida las siguientes palabras "Honor y Gloria son los legados que hemos escogido los que vimos en su último momento y como un sagrado deber que, si bien no puede enjugar el justo duelo de sus padres, puede llevarles un consuelo que mitigue sus dolores, trasmítoles ese precioso legado que formará el orgullo de su familia y uno de los timbres de nuestra historia.

UNA CARTA DE GRAU A DOÑA MANUELA CABERO DE VIEL.

Con fecha 3 de setiembre de 1879 en Iquique escribió Grau a su hermana política Manuela Cabero de Viel, esposa del capitán de fragata chileno Oscar Viel una carta en la que expresó: "Te aseguro, querida hermana, que cada día estoy más contrariado por no verle todavía un término a esta guerra que yo siempre he considerado y considero hoy mismo como fratricida o guerra civil". Consideró allí que sería una desventaja si tuviese que enfrentarse a la fragata Chacabuco, comandada por su hermano político Oscar Viel.

EL "HUÁSCAR".

Tenía el monitor, como se ha dicho ya 1.100 toneladas y una fuerza de 300 caballos. Su andar era de más de 12 millas por hora y su calado de 16 pies ingleses y era capaz de disparar 600 libras de proyectiles en cada andanada. Contaba, además, con dos cañones de 40 libras en la proa.

Sus dimensiones daban las siguientes cifras: 200 pies en su mayor largo, 35 pies de ancho y 25 pies de profundidad. El casco era de hierro y separado interiormente por divisiones a prueba de agua para aislar su torreón, máquinas, calderas y sus partes más vitales en distribuciones separadas. Contaba, además, con un doble fondo debajo de la maquinaria, calderas y torreón que se extendía hasta el entrepuente.

El blindaje, como se ha indicado, era de 4.1/2 pulgadas, extendiéndose desde la cubierta hasta 3.1/2 pies de la más cargada línea de agua y disminuyendo gradualmente hacia la popa y proa para reducir el natural balanceo en alta mar. Un enmaderado de teak de 10 pulgadas seguía al blindaje.

El depósito de víveres y pertrechos había sido preparado para seis meses. La torre presentaba una forma cilíndrica cubierta con un blindaje de 5.1/2 pulgadas; estaba colocada delante del departamento de la maquinaria y provista de declives y rodados para los cañones de 12.1/2 toneladas y balas de 300 libras del sistema del capitán Cowper P. Coles de la marina inglesa.

El aparejo era de bergantín con el trinquete en forma de trípode, según patente del capitán Coles para facilitar el movimiento y manejo de los cañones en el torreón.



La máquina poseía la fuerza nominal de 300 caballos con cilindros de 45 pulgadas y golpe de tres pies que movía una mariposa de 4 hojas y 14.3/4 pies de diámetro en un espacio de 17 pies. Las calderas hallábanse reforzadas y contaban con válvulas de seguridad.

Los experimentos hechos con el andar después de concluido el buque (aunque sin cañones y provisiones abordo) cargando 100 toneladas de carbón en las carboneras, dieron 12.1/4 millas por hora. Su menor calado fue de 14.1/4 pies y la máquina hizo 78 revoluciones; la presión del vapor era de 25 libras; vacío, 26 pulgadas; fuerza marcada, 1.650 caballos. Había un timón a popa y otro bajo el timonel a proa.

Para las correrías que tanta gloria le dieron, se le quitó al monitor el palo trinquete con el fin de acelerar su marcha. Llevó un solo palo en el velamen y en la popa el trípode de un cronómetro magiscal que, a la distancia, presentaba el aspecto de un mastelero truncado y era la señal más saliente para conocerlo desde lejos. Estaba pintado de plomo.

SIGNIFICADO DE LA CAMPAÑA NAVAL

Se ha mencionado aquí, más de una vez, cómo los ministros norteamericanos Gibbs y Christiancy y el almirante Rodgers coincidieron en un inicial escepticismo acerca de las posibilidades del Perú en la guerra. Sin embargo, pronto se llegó a comprobar que las tropas peruanas podían ser transportadas al teatro de la guerra en el sur. De este modo, logró realizarse la reunión de las fuerzas de los aliados que según los observadores antedichos, la escuadra chilena pudo haber estado en condiciones de impedir. Fue una victoria estratégica inicial del Perú que evitó la posibilidad inminente de una rápida y aplastante acción chilena.

Pronto se evidenció también que no sólo las tropas peruanas eran conducidas al teatro de la guerra, sino que el Huáscar por la pericia de su comando, burlaba a la escuadra enemiga y detenía la invasión. La guerra quedó de hecho estabilizada entre mayo y octubre de 1879. La rapidez y la eficiencia del Huáscar fueron el factor dominante en esta etapa. Perú y Bolivia habían podido unir sus fuerzas en el sur. Los beligerantes carecían de los suficientes medios de transporte. Las distancias eran grandes. Con los bombardeos y el bloqueo del litoral, más perjudicados venían a resultar los neutrales que los beligerantes. Habían sufrido una postergación indefinida los planes de invasión del Perú. El statu quo así creado era tácitamente una victoria defensiva peruana.

Esta situación era propicia para una gestión de paz. Parecía imposible que tanto Chile como los aliados pudieran soportar indefinidamente los gastos de la guerra.

LA GESTIÓN PETTIS.

En junio de 1879 el ministro americano en La Paz, Newton Pettis, comenzó a actuar. El gobierno le sometió el 15 de ese mes una propuesta de mediación. Pettis, sin instrucciones de su gobierno, acogió entusiastamente la iniciativa. Razones de orgullo nacional lo llevaban a desear que Estados

Unidos evidenciara su autoridad moral en América del Sur deteniendo la guerra; y razones de vanidad personal hacíanle gozar con la idea de contribuir decisivamente a esta solución. La propuesta de mediación sugerida por el canciller boliviano era dura para Chile porque implicaba la desocupación del litoral "reivindicado". Luego el diferendo sería sometido, según los beligerantes quisieran, al arbitraje del gobierno de Estados Unidos o de la Corte Suprema de Washington o de los ministros Norteamericanos en Lima, Santiago y La Paz.

La salud de Pettis se alteró con el clima de altura y los gobiernos peruano y boliviano aprovecharon para darle toda clase de facilidades con el objeto de que viviese en un clima de costa. Pettis viajó a Mollendo y luego a Lima, donde se unió al ministro Christiancy en su gestión.

Christiancy no simpatizó con Pettis. Le pareció un hombre demasiado confiado y entusiasta, excesivamente vanidoso y superficial. Pero cualesquiera que fuesen sus defectos, Pettis era de un dinamismo extraordinario. En Lima se entrevistó, acompañado con Christiancy, con el canciller Irigoyen. Este le planteó el problema de la iniciativa en la mediación. Bolivia no podía auspiciarla, dijo Irigoyen, porque había visto violado su suelo. No podía ella provenir del Perú al que Chile declaró la guerra por haber interpuesto su propia mediación. El Perú estaba listo a aceptar la gestión si Chile la proponía en los términos planteados por Bolivia. El norteamericano J.G. Meiggs, hermano de don Enrique, muy unido al gobierno peruano, aconsejó a Pettis trasladarse a Chile. Pettis no trepidó en emprender el viaje, a pesar de que seguía sin autorización. En Arica conversó con los Presidentes Prado y Daza y salió muy complacido de la entrevista con ellos.

Los puntos de vista de los países contendores parecían irreconciliables. Perú y Bolivia querían las fronteras anteriores a la guerra; y Chile, las fronteras existentes en ese momento preciso. Es decir, los aliados demandaban como cuestión previa la desocupación del litoral boliviano, incluyendo Antofagasta y Mejillones; y Chile el acatamiento de la ocupación. El canciller Hunneus pareció también en determinado momento de sus entrevistas con Pettis, extrañamente severo con el Perú y benévolo con Bolivia. "Transaremos con Bolivia y en cuanto al Perú que decida el Congreso" llegó a ser su fórmula. Era la época en que todavía creía Chile en la posibilidad de separar a Bolivia del Perú y hasta de convertirla en aliada suya; maniobra bien percibida por los diplomáticos norteamericanos y la cancillería del Rímac.

Pero, a pesar de todo, las hazañas del Huáscar impedían la victoria chilena y fortalecían la alianza Perú-boliviana. La estabilización de la guerra no era, además la única razón para las ilusiones de Pettis. Las ofertas de mediación de Inglaterra, Alemania y Francia habían escollado antes de concretarse. Algo análogo había ocurrido no sólo con la del Ecuador sino con la que entabló en nombre de su gobierno el colombiano Arosemena. Los países europeos tenían una traba en su lejanía geográfica y en la vastedad de sus intereses económicos en los países en lucha que los hacían sospechosos de parcialidad según la cuantía de esos intereses y que les restaba, en todo caso, energía y libertad. Los países sudamericanos, a su vez, carecían del suficiente poder como para imponerse como mediadores. Estados Unidos presentaba la ventaja de su mayor proximidad, de la similitud en sus instituciones, de su ausencia de fuertes vínculos económicos en aquella época y de su autoridad moral y política.

Pettis llegó a proponer a Chile se retirara del sur del paralelo 23. Es decir, esbozó una fórmula transaccional: Chile se quedaría en Antofagasta y abandonaría Mejillones.

La prensa chilena le era hostil y extendía su enemistad a Estados Unidos y a la doctrina Monroe. El Mercurio de Valparaíso de 14 de agosto de 1879 le dijo muy claramente que el litoral era chileno por la fuerza del derecho y de los acontecimientos y que Chile tenía que saldar sus cuentas con el Perú.

Sin embargo, personajes del gobierno chileno conversaban con Pettis. Si continuaba esta guerra de correrías marítimas, bombardeos de puertos y gastos cuantiosos sin resultados decisivos podría ocurrir probablemente que el cansancio o el agotamiento abrieran el camino de la mediación. Ya con fecha 29 de agosto el ministro de Hacienda peruano Químper, dijo que no había cómo pagar al ejército; y fue, después de mucho esfuerzo, que ese servicio pudo ser atendido.

Vastas complicaciones internacionales asomaban en el horizonte. No faltaba quienes pensaban en una intervención armada de Inglaterra, Francia y Alemania en conexión con los tenedores de bonos y demás intereses en el guano y el salitre.

El 8 de octubre perdió el Perú al Huáscar y las esperanzas de paz quedaron desvanecidas. Era sólo un buque (decía Christiancy en su nota del 14 de octubre) y él solo había reducido a la escuadra chilena a la impotencia. Su pérdida galvanizaba el poder ofensivo de Chile. Las gestiones de paz habían tenido como base la esperanza de que Chile tarde o temprano las aceptaría si el statu quo de la guerra se prolongaba. Pero el statu quo estaba roto. El problema inmediato del Perú era intentar la resurrección de su marina. Aun suponiendo que lo lograra decía Christiancy, difícil sería tener otro Grau: "Hombres como él son raros en todas partes".

EL ÚLTIMO VIAJE DE GRAU

En su sermón de la Catedral de Lima el día 29 de octubre de 1879, Monseñor José Antonio Roca y Boloña dijo: "Ninguno de vosotros, ignora la última expedición del histórico monitor a la costa enemiga. Si esa expedición fue aconsejada por la prudencia o la temeridad; si era mayor el riesgo que el provecho que de ella pudiéramos prometernos; si el glorioso bajel había perdido poco o mucho de sus condiciones náuticas; si el esforzado Contralmirante preveía inminente peligro o se halagaba con un resultado feliz; si hubo tristes o risueños presentimientos, no lo sé si he sido parte a averiguarlo, ni creo posible descubrirlo en estos momentos de indignación y de dolor ni me parece patriótico escudriñar esas cosas".

Una carta de Grau a su esposa, fechada en Arica el 30 de setiembre de 1879, ubicada por los diarios de Lima en; 1934, dice del Huáscar que "entre paréntesis, está sumamente sucio".

EL GESTO DE GRAU



Tras la muerte de Arturo Prat durante el combate de Iquique, el 21 de mayo de 1879, el comandante del Huáscar, Miguel Grau, le escribió a su viuda, Carmela Carvajal, para transmitirle la noticia. Ella le respondió el 1º de agosto de 1879, agradeciéndole el gesto con estas palabras: "(...) no puedo menos de expresar a usted que es altamente consolador, en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos mangnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas y los hombres de la epopeya antigua".

Ramón Rojas y Cañas en su folleto La guerra del Pacífico (1880) afirma que el monitor tenía una acumulación conchífera en sus fondos, por lo cual había perdido un quinto de su velocidad; no obstante, fue enviado a su última y fatal expedición. Lo mismo se lee en el manifiesto del Ministro de Hacienda del Vice-Presidente La Puerta. José María Químper en 1880. La tesis de Rojas y Cañas está amparada también por lo que expresa Manuel Vegas García en su Historia de la Marina de Guerra del Perú. Por el contrario, el historiador Mariano Felipe Paz Soldán afirma que Grau insistió, contra la opinión del Presidente Prado, en llevar a cabo ese viaje. Lo mismo expresó Prado en su manifiesto de Nueva York en agosto de 1880.

En actitud totalmente opuesta, la historiografía chilena, cuyo más alto exponente es Gonzalo Bulnes, y también el militar sueco Ekdahl al servicio de Chile, afirman que Grau, cansado de la excesiva espera que implicaban las hostilidades a la costa chilena sin resultados decisivos, tomó la iniciativa de su última aventura ante la noticia, que luego resultó falsa, del desembarco de una división del ejército invasor en Patillos, al sur de Iquique, Ekdahl elogia lo que llama el audaz plan estratégico de Grau. Sigue a Bulnes, que expresó: "Lo relativo a la invasión por Patillos fue dicho a nuestros marinos por los prisioneros del Huáscar explicándoles el objetivo del viaje efectuado por el monitor".

Tenemos, pues, tres explicaciones: 1) Grau quiso reparar su barco averiado y lo obligaron a viajar. 2) Grau se lanzó a una nueva aventura contra la voluntad del Director de la Guerra; 3) Grau quiso ejecutar un audaz plan estratégico.

El asunto parecería ocioso si Mariano Felipe Paz Soldán hubiese señalado como uno de los motivos para el supuesto empecinamiento de Grau, el deseo de complacer a quienes entre sus amigos querían el incremento de las hazañas del Almirante para favorecer así su candidatura presidencial en las elecciones de 1880. En esto me permito tener una discrepancia absoluta con Paz Soldán, ciudadano probo e historiador muy valioso y bien intencionado, aunque lleno en esos momentos de pasiones políticas .que se agitan borrascosas en este ciudadano, por lo demás estimable como en general en nuestros hombres de esa época, traumatizados por la sucesión implacable de desdichas que al país azotó. Los chilenos hallaron, al capturar el Huáscar las dos últimas instrucciones dadas por Prado a Grau en Arica y las dieron a la publicidad después de que Paz Soldán editó su libro. Allí está la prueba incontrastable de que la expedición obedeció no a un gesto caprichoso sino a órdenes superiores. En el último texto avalado por el secretario Mariano Alvarez se ordena, con fecha 30 de setiembre, primero el viaje a Pisagua para desembarcar a jefes, oficiales y bultos bolivianos, y luego a Iquique con la finalidad de ayudar al transporte Rímac.

Luego aparecen reproducidos en su esencia en los artículos 4°, 5° Y 6°, los artículos 4° y 5° de un documento anterior fechado el 21 de agosto: dirigirse a Tocopilla o eventualmente a Antofagasta para emplear contra alguno de los blindados enemigos un torpedo ya embarcado en el monitor junto con el torpedista Waigh. Pero al final de las mismas instrucciones leemos esta adición: "No siendo posible la aplicación de los torpedos a causa de la claridad de las noches, queda sin efecto todo lo relativo a ellos". Preguntamos: ¿Por qué esta rareza de incluir órdenes que el mismo texto descarta en su párrafo final? El Huáscar y la Unión zarparon de Arica en la madrugada del 30 de setiembre. El monitor acababa de regresar de un viaje a Iquique entre el 27 y el 28 de setiembre. Cabe preguntar si existieron motivos urgentes y secretos para esta salida; el corresponsal del diario La Opinión Nacional de Lima, Julio Octavio Reyes, se quedó en Iquique.

En resumen, sabemos hoy tan poco sobre la quinta y última expedición del Huáscar como lo que Roca y Boloña dijo que sabía acerca de ella. Paz Soldán ha quedado refutado; pero no sólo existen estas pruebas escritas. Hay una prueba moral. En ningún momento surgieron indicios de que funcionase la influencia de los civiles en la conducta del héroe para llevarlo a un acto de indisciplina totalmente alejado de su psicología y de su ética. El mismo se encargó en varias ocasiones no de destacar sus proezas, sino de disminuir la trascendencia de ellas, en una actitud, por cierto, muy distinta de la del político ambicioso. En la ya citada misiva confidencial de 10 de setiembre a Carlos Elías, veinte días antes del último viaje, hay una postdata que dice: "Dales memorias a nuestros amigos de Hoja Redonda (alude a una hacienda en Chincha), díles que si los héroes son como yo declaro que no han existido héroes en el mundo". Antes, al empezar el mismo documento, escribió: "Tú no ignoras querido Carlos, que soy hombre de pocas palabras; pero las que sencillamente expreso son naturales y nacidas en el corazón".

LA VIDA DE GRAU

Nació Miguel Grau en Piura, tierra de hombres bravos y patriotas, el 27 de julio de 1834. Su padre, Juan Manuel Grau y Berrio, nacido en Cartagena, Colombia, el 15 de agosto de 1799, luchó por la independencia del Perú en el ejército de Sucre y estuvo en Junín y Ayacucho y llegó a ser más tarde empleado de la aduana de Paita. Padres de Juan Manuel fueron Francisco Grau y Girona, natural de Sitges, Cataluña, y Mariana Josefa Casiana Berrio y Pérez, de Cartagena, hija, a su vez, de un fiscal de la Audiencia de Nueva Granada. La madre del almirante fue Luisa Seminario y del Castillo, piurana, hija de Fernando Seminario Jaime y María Joaquina del Castillo y Talledo.

A los nueve años Miguel Grau hizo un viaje a Buenaventura en un bergantín particular que naufragó. Aprendió, pues, primero en la vida que en los libros. Fue un colegial taciturno, distraído. Tenía once años cuando comenzó a trabajar en la marina mercante. Allí fue desde grumete hasta piloto. Conoció Panamá, las Marquesas, Sandwich, la Sociedad, Burdeos, Río de Janeiro, Hong Kong, Macao, Singapur, San Francisco, Nueva York. Supo de las galletas rancias, del agua podrida, de la carne salada, del escorbuto, del incendio, del temporal, del naufragio, de las peleas y de las juegas en los puertos. Había carecido de infancia, pero la suya fue una auténtica juventud



aventurera. En 1854, este joven lobo de mar quiso ser guardiamarina. Apenas egresado de la Escuela Naval, sirvió en el vapor Rímac, luego en el pailebot Vigilante y posteriormente en el Ucayali y en la fragata Apurímac. Como alférez de fragata participó en la sublevación vivanquista de 1857 y por ello fue separado del servicio. De este modo, la aptitud para la juvenil rebeldía sirve para explicar la rígida disciplina de su madurez. Fue uno de los asaltantes a la casa de Castilla. De vuelta a la marina mercante, hizo la carrera a la China, a la India y a la Polinesia. Sólo en 1863 reingresó al servicio de la Armada nacional como teniente segundo y segundo comandante del vapor Lertzundi. Partió a Inglaterra a recibir la corbeta Unión como capitán y entonces se produjo el ya narrado episodio de su prisión. Trajo a su buque hasta Valparaíso venciendo un gran temporal; y en aquel puerto tuvo que afrontar, además, recién ascendido, un conflicto de conciencia. Para que no se plegara a las fuerzas de la insurrección, el gobierno de Pezet mandó como emisario ante Grau, a su propio padre; pero a pesar de todo, la Unión se puso al lado de quienes querían, en nombre del honor nacional, la guerra con España. En ella participó Grau como actor en la Jornada de Abtao. Cuando el Dictador Prado quiso entregar al marino norteamericano Tucker el mando de la escuadra que debía ir a Filipinas, Grau, como muchos otros marinos peruanos renunció y fue tomado preso. Lo defendió Luciano Benjamín Cisneros, y después de ser absuelto por el tribunal el 10 de febrero de 1867, se retiró, por segunda vez, de la Armada.

Llegó, caso único en la compañía inglesa de vapores, a mandar un barco de dicha compañía, el Puno. En 1868 vestía de nuevo el uniforme de marino peruano como comandante del Huáscar. Defendió al gobierno legal en 1872, apresó en 1874 al barco pierolista sublevado Talismán, fue miembro conspicuo del partido civil y en 1876 representante al Congreso por la provincia de Paita. En los años inmediatamente anteriores a la guerra con Chile, quizá recelos políticos lo convirtieron en marino de tierra: agregado al Ministerio de Guerra y Marina; vocal de la junta revisora de las ordenanzas navales. Comandante General de Marina desde el 1.º de junio de 1877, la memoria que elevó al gobierno el 2 de enero de 1878 reveló laboriosidad y perspicacia. Encontró y publicó este valioso documento Gerald Arosemena Garland en 1975 y 1978. Antes que nadie, Grau allí solicitó que se procediera a comprar buques de guerra para reforzar la escuadra, pues los que teníamos (decía) "han quedado muy atrás de las poderosas naves de guerra que se construyen en el día". No se le escuchó. Los ascensos obtenidos por Grau se escalonaron a través de las siguientes fechas: el 14 de marzo de 1854, guardia-marina; el 4 de marzo de 1856, alférez de fragata; el 13 de

setiembre de 1863, teniente segundo; el 4 de diciembre de 1863, teniente primero graduado; el 8 de enero de 1864, teniente primero efectivo; el 31 de marzo de 1865, capitán de corbeta; el 22 de julio de 1865, capitán de fragata; el 25 de julio de 1868, capitán de navío graduado; el 23 de abril de 1873, capitán de navío efectivo; el 27 de agosto de 1879, contralmirante. En las reuniones celebradas en Palacio de Gobierno al estallar la guerra, Grau expresó claramente cual era la desproporción de las fuerzas entre las escuadras peruana y chilena. El Huáscar tenía una coraza de 4 y 1/2 pulgadas de espesor y los blindados enemigos una coraza de 9; carecía de balas aceradas para perforar el blindaje; sólo contaba con una hélice mientras los blindados poseían dos cada uno, con notoria ventaja para sus movimientos.

Desde el punto de vista de su organización la marina peruana fraccionada al principio de la guerra en tres divisiones bajo el mando de Grau, García y Carrillo, no tenía la unidad de la de Chile, y ésta contaba con un número más cuantioso de personal nacional en las tripulaciones que habían recibido, además, mayor entrenamiento en el manejo de la artillería.

El 31 de agosto recibió Grau en Arica este último grado de Contralmirante y con él espadas, joyas, medallas. Una carta del 10 de setiembre a su esposa desde Arica, sólo contiene sin embargo, encargos familiares y recuerdos a sus hijos. A solas con su paisano y antiguo amigo Montero después de la ceremonia dijo: "Todo esto está muy bien; pero, ¿cuándo llegan las granadas Pallicer para mi buque?". Y porque no se concibe a Grau sobreviviéndose a sí mismo, cumplió su mensaje al morir. El poeta José Gálvez lo ha dicho:

Tenías que caer por nuestras culpas

y para ser ejemplo,

porque el destino escoge

las víctimas más puras

y así redime castigando pueblos

en el dolor de los que son mejores.

EFIGIE DE GRAU.

Como del carbón sale el diamante, así de la negrura de esta guerra sale Grau.

La posteridad ha indultado a su generación infausta porque a ella perteneció el comandante del Huáscar. Olvida desastres y miserias y la mira con envidia porque le vio y le admiró.

Nada es un hombre en sí y lo que él puede representar lo ponen quienes lo interpretan. Hombres y hechos derivan grandeza permanente sólo de su asimilación con eternas ideas de justicia, de belleza o de dignidad con un pueblo o con una época. Hablar de Grau, es evocar una figura que

lentamente va perdiendo para los peruanos su ligamen exclusivo con los acontecimientos dentro de los cuales se desarrolló, para tomar los caracteres de un arquetipo. El Perú no lució durante la guerra de la Independencia, al lado de los muchos heroísmos encomiables, un gran héroe simbólico; y las luchas intestinas republicanas están demasiado cerca para que los personajes en ellas surgidos se limpien todavía de todas las contradictorias pasiones entonces desatadas y de los intereses que de ellas se derivan. Ante Grau, en cambio, no obstante su cercanía en el tiempo y las violencias a que estuvo unido; la opinión extranjera acata este homenaje y a él se asocia con respeto evidente. Los técnicos nacionales y extranjeros admiraron desde que empezó la guerra entre el Perú y Chile al comandante del Huáscar. Poetas diversos desde los románticos o post-románticos de su hora hasta algunos de los más jóvenes y de las más iconoclastas escuelas nuevas, lo cantan. González Prada mismo en sus páginas, a la vez marmóreas y venenosas y tan ávidas de exhibir huesos y máscaras, puso un inusitado calor de simpatía humana y orgullo patriótico, raro en tan contradictorio escritor, cuando de Grau escribió como si estuviera grabando sus palabras. A los niños se les puede enseñar el culto de este nombre sin que de él emanen impuras influencias. Sobre un pedestal de fuego desgarradoramente patético en el que, por las culpas de unos y las faltas de otros, se iba a producir el holocausto de la Patria, aparece sencilla y serena la figura del piurano modesto que era también un cristiano viejo y un criollo auténtico.

El heroísmo es, en la mayor parte de los casos, una ola fulgurante que se alza brusca e inspirada ante la presión de un momento decisivo. Bernard Shaw dijo que representa la única forma de lograr la fama sin tener habilidad. La gloria de Grau no es sólo la del 8 de octubre. Es, muchos días y semanas y meses antes, cosa cotidiana, tarea menuda y trabajo sin cesar. Existe la versión de que al estallar la guerra, por el efecto delétere de conspiraciones y revueltas, desorden administrativo y escasez económica, la disciplina de la escuadra no era la mejor que podía ser; y que los marineros criaban aves domésticas para su negocio particular en la torre del monitor. Acaso eso no fuera completamente cierto, pero si es fidedigno que Grau tuvo que dedicar bastante tiempo a hacer ejercicios y maniobras con su gente, la mayor parte de la cual era colecticia: y es exacto también que el espolonazo del Huáscar a la Esmeralda resultó de la falta de puntería. Esta es la modalidad de la obra de Grau, que recibe el más vivo elogio en la publicación técnica francesa de la época titulada el Bulletin de la Reunión des Officiers. Al estudiar lo que hizo, preciso es recordar con qué elementos trabajó y cabe preguntar qué hubiera sido de Perú con Grau en un barco como el Cochrane o el Blanco Encalada.

LO QUE DIJO PRADO SOBRE EL ÚLTIMO VIAJE DE GRAU.

Prado en su manifiesto de Nueva York fechado en agosto de 1880 al referirse a la "fatal e inesperada pérdida del Huáscar" afirmó que en ella "si alguna culpa me cabe, es únicamente la de mi condescendencia con el malogrado contralmirante Grau quien, como es público, solicitó de mí por repetidas veces esa comisión, hasta que al fin tuve que ceder no sólo por la absoluta seguridad que me daba el contraalmirante, por la fe que me inspiraba su pericia y su valor, por la ilimitada

confianza que en él tenía, sino porque, a la vez, se presentaba la necesidad de convoyar y proteger la división del general Bustamante que pasó a Iquique la misma noche de su llegada a Arica".

El asunto continúa siendo debatido.

LA ÚLTIMA NOCHE DE GRAU EN ARICA.

Julio O. Reyes, corresponsal de La Opinión Nacional escribió lo siguiente sobre la última noche de Grau en Arica: "La noche que zarpamos de Arica, el comandante Grau estaba pensativo y sombrío; cosa muy rara en él. Encontrábamnos, como de costumbre, reunidos en su cámara, con nuestro amigo y compañero el doctor Santiago Távara y no se manifestaba tan comunicativo como otras veces. El comandante Grau, que tenía en los momentos del combate la valiente altivez del león, se mostraba después con el corazón franco y sencillo de niño, se enternecía fácilmente".

"Estoy muy triste, algo cuya causa ignoro, me tiene atormentado desde la mañana", nos decía nuestro querido y respetado jefe y reclinando su cabeza sobre las manos, permanecía mudo y silencioso, comunicándonos también su tristeza.

"¿Qué pensamientos cruzarían entonces su mente? ¿Qué terribles y espantosas tormentas se agitarían en su corazón para arrancarle las doloridas quejas que oíamos escaparse de su pecho?".

"La sonrisa que vagaba siempre por sus labios había desaparecido por completo".

"Y lo que pasaba con el comandante, pasaba también con la mayoría de los oficiales. Se entristecían un momento: pero luego, muy luego, uno y otros vencían los secretos impulsos de su corazón y reanimaban su espíritu con la idea de marchar en defensa de la honra de la Patria".

"-Vamos en camino de la inmortalidad", nos decíamos unos a otros, y agregaba un tercero: "Sí, vamos en camino de la inmortalidad, en pos de la gloria póstuma...".

EL COMBATE DE ANGAMOS

Para capturar al Huáscar los chilenos pusieron en alarma constante el servicio de comunicaciones Telegráficas entre Valparaíso y Antofagasta. Organizaron, además, el servicio noticioso de los pescadores y surtieron a los barcos de su escuadra con doble hélice y granadas de nueva invención a la vez que incrementaron la velocidad de los blindados.

Rumbo al sur de Chile, el Huáscar y la Unión entraron al puerto de Coquimbo, donde no encontraron resistencia. Como tuvieran noticias de una expedición chilena rumbo al Perú, regresaron a Antofagasta.



Al amanecer del 8 de octubre de 1879, entre Mejillones y Antofagasta, fueron vistos el Huáscar y la Unión por una de las patrullas en que estratégicamente se había dividido la escuadra chilena (Blanco Encalada, Covadonga y Matías Cousiño). Habían esquivado las naves peruanas este peligro, cuando tres humos más aparecieron en el horizonte. Eran el Cochrane, el O'Higgins y el Loa. El combate se hizo inevitable para el monitor. La Unión se retiró empleando la mayor rapidez de su andar. Si no había logrado escapar, Grau hubiese podido al menos, hundir o embarrancar su buque. No lo hizo así y afrontó "la lucha que empezó a las 9 y 18 minutos. Los disparos del Huáscar hacían poco daño en el Cochrane, el pesado y robusto blindado de 3,600 toneladas, con gruesa armadura, cuyas balas, en cambio, causaban terrible estrago en el viejo monitor. A poco el Blanco Encalada participaba en la acción, haciendo su primer disparo ya a 600 yardas. Una granada reventó en la torre de mando del Huáscar a las 9 y 35 minutos y Grau quedó hecho pedazos, así como su ayudante Diego Ferré. También murieron luego "su sucesor en el comando, capitán de corbeta Elías Aguirre y el teniente 1° José Melitón Rodríguez que lo reemplazó. Otro de los jefes el teniente 2° Enrique Palacios, que recogió la bandera caída en medio del combate y la restableció en el tope del pabellón, llegó a sumar en su cuerpo catorce heridas para sucumbir más tarde. "Luchando en condiciones que en repetidas ocasiones llegaron a ser desesperantes, a causa de que la artillería chilena llegó a destruir dos veces los aparatos de gobierno del blindado peruano y del defecto del espolón del Huáscar (dice Ekdahl, historiador militar de la guerra, al servicio de Chile), el buque no sólo supo librarse de los repetidos ataques al espolón de los dos blindados chilenos, sino que tomó

resueltamente la ofensiva tratando en el momento ,oportuno de espolonear al Blanco Encalada. Durante todo el tiempo usó el Huáscar su artillería con bastante provecho y persistió, a la vez, con energía incansable en buscar camino libre hacia el N.O."

Hubo un momento en que la driza que sustentaba al pabellón del monitor fue cortada por una bala; pero arreglado el daño inmediatamente, como ya se ha anotado, el pabellón volvió a ser izado al tope. Dice una versión chilena que fue una estratagema para atraer a uno de los blindados cerca del espolón; porque ninguna señal dio de abandonar el combate.

He aquí una descripción, del aspecto del buque: "Botes hechos pedazos, pescantes, ventiladores, cadenas, mamparos, sobreestantes, la torre de mando, falcas, retorcidas o pulverizadas y en

confusa mezcla con cascos de granada, trajes de marinero, cabos rotos y regueros de sangre que en ciertos sitios formaban verdaderos charcos. La cámara de oficiales era una mezcla confusa de cadáveres, fusiles rotos, astillas, medicamentos y vasijas".

El cuarto oficial, teniente Pedro Gárezon, que había asumido el mando, hallábase herido. Gárezon dio la orden para que se abrieran las válvulas como medio de inundar el buque y hundirlo. Revólver en mano, los marineros chilenos obligaron a los maquinistas de nacionalidad extranjera a cerrarlas. El combate acabó después de las 10 40 la mañana cuando el Huáscar tenía el estado mayor exterminado, la tripulación reducida a una cuarta parte, fuego a bordo y la artillería paralizada. Si el mar no hubiera estado en calma el monitor se habría hundido después de haber sido capturado debido a sus averías. Ellas sin embargo, no habían malogrado el motor ni las vías de agua.

De las 216 personas a bordo del buque peruano murieron peleando 31. Ningún oficial entregó su espada porque, momentos antes de llegar los chilenos, la habían arrojado al mar.

El periodista chileno Enrique Montt pintó de la siguiente manera el camarote de Grau a la llegada del Huáscar a Valparaíso: "En un rincón, hacia el lado de babor, vimos el lecho de Grau: este rincón estaba sencillamente arreglado; a la derecha, el lecho colocado sobre una especie de aparador o cómoda que le servía de catre; al lado y cerca de la cabecera, un humilde lavatorio de palo de álamo barnizado de negro; el suelo estaba tapizado con un encerado de regular calidad; una elegante espada colgaba de la pared junto con otras armas; por el piso se veían desparramadas las hachas de abordaje, sables mohosos y algunas lozas del servicio particular y doméstico del comandante del Huáscar... Recién fue tomado por nosotros el monitor, estaban colgados a la cabecera del lecho del comandante los retratos de su señora esposa y de sus hijos".

La publicación francesa L' Année Maritime que estudió en 1880, con lujo de detalles, esta campaña, llamó al de Angamos un combate entre las corazas y la artillería. Pero aun en lo que respecta a la artillería, desde el comienzo los chilenos pudieron hacer muchos disparos más que los peruanos con cañones superiores en el número y de menor edad. El Cochrane lanzó unos cuarenta y seis tiros y el Blanco Encalada treinta y uno; el Huáscar unos cuarenta. Fue el de los blindados un juego de polígono. La distancia entre los combatientes osciló de 2.000 a 20 metros.

Con la pérdida del Huáscar, el Perú quedó reducido prácticamente a sus fuerzas terrestres y Chile obtuvo el libre uso del mar. "El triunfo definitivo de Chile no es más que cuestión de tiempo", afirmó entonces L'Année Militaire, otra de las revistas francesas en que aparecieron comentarios técnicos sobre esta guerra.

LOS INFORMES INGLESES SOBRE EL COMBATE DE ANGAMOS.

En 1880 fue editado en Londres un pequeño folleto, que ningún historiador ha citado hasta ahora, con los informes de los capitanes de barcos de guerra ingleses sobre el combate de Angamos.

Suscriben dichos documentos el almirante F.H. Stirling, el capitán P.W. Stephens del Thetis y el capitán George Robinson del Turquoise. Aparece, además, una carta privada escrita por un testigo presencial sobre el estado del Huáscar (Antofagasta, 16 de octubre) y una traducción resumida de la crónica que acerca del combate publicó El Mercurio de Valparaíso el 13 de octubre.

Las fuentes en que se basan los marinos británicos son solamente chilenas. Stephens expresa que recibió datos del oficial del Blanco Encalada que tomó posesión del Huáscar. Robinson envía a su jefe un esquema de la acción naval suministrado por el marino chileno La Torre. Las noticias de El Mercurio acogidas sin reservas, resultan notoriamente tendenciosas. No sólo aparecen aquí la diferencia ante el vencedor y la subordinación ante los testimonios por él ofrecidos, si no se ve simpatía hacia el país del sur. La actuación de la Unión es duramente juzgada. Sin embargo, la carta del testigo presencial dice: "La resistencia fue desesperada y heroica y cuando la bandera fue arriada al barco (el Huáscar) estaba incapacitado ("disabled") y nada más podía ser hecho. Stephens transmite la versión de su informante de que, entre las cubiertas, el Huáscar era una ruina ("wreck"). El testigo mencionado elogia las cualidades de Grau como buen marino, buen amigo, bravo y cortés, activo en el cumplimiento del deber, admirado por sus adversarios, de humanitario corazón, que rehusó atacar puertos inermes.

Enseñando con el diario ejemplo que es la mejor manera como el jefe siempre puede enseñar, Grau acabó por hacer del Huáscar no sólo el mejor barco de la marina peruana sino la espada única y el solo escudo del Perú, la muralla móvil que detuvo la invasión durante seis meses largos y ello fue porque no sólo Grau tuvo coraje sino además el don de organizar y disciplinar a los suyos, la destreza para tomar la iniciativa, la exactitud para conocer y medir cada situación, el don para el mando sin los cuales la bravura mayor y los conocimientos más profundos pueden resultar estériles. La variedad de sus recursos fue grande, pues utilizó el espolón con la Esmeralda, la velocidad para esquivar al Blanco Encalada, capturar con la Unión al transporte Rímac y enfrentarse en Antofagasta a varios barcos y a la artillería del puerto.

El heroísmo en Grau fue, así, resultado de su eficacia, parte integrante de ella, como el fuego sale del calor. No emergió, por cierto, como cosa recóndita o desapercibida para su pueblo. Con un instinto profundo sus contemporáneos vieron en él a quien iba a representarlos ante la historia, ante sus hijos, ante los hijos de sus hijos y ante la posteridad lejana. Pero cuando conoció así la gloria más apoteósica antes de haber muerto como pocos hombres la han conocido, Grau no se cegó ni se embriagó. Más allá de la vanidad y de la ilusión, lejos de todo gesto pasajero, de toda preocupación superficial. Ni los sueños ni las veleidades de los débiles turbaron su tranquilidad taciturna. Tampoco el frenesí de los violentos, ni las angustias de los sórdidos. No corrió por egoísta impulso para cautivar a la gloria; ni, cuando ella vino, se cohibió ante ella. Nada había de inaccesible o de afectado en este paladín que acumuló hazañas con la bonachona sencillez de padre de familia que exhala en los retratos su curtido rostro de patillas negras. Al regresar a su patria después de hacer lo increíble frente a los homenajes estentóreos y a los elogios retóricos exclamó: "Yo no soy sino un pobre marinero que trata de servir a la patria". Y, ratificando su declaración en una de las reuniones de Palacio, apenas iniciada la guerra (El Huáscar, en cualquier caso, sabrá cumplir con su deber) después de abrumar a un optimista con datos precisos sobre la

tremenda diferencia entre las dos escuadras, lo cual implicaba señalar sus inevitables consecuencias que ella tendría pocos meses después, en el banquete que le ofrecieron sus amigos en el Hotel Americano de Lima el 24 de junio de 1879, dijo en un brindis: "Os puedo decir que si el Huáscar no regresa victorioso, yo tampoco he de regresar".

En un autógrafo publicado en la colección de Lagomaggiore, un año antes de la guerra, o sea en 1878 (por el autor del presente libro exhumado en la revista Historia en 1945) Grau había elogiado el aporte que, dentro de la civilización representa la marina, evidenciando, una vez más, su hondo sentido profesional; y había propuesto, vivo todavía el recuerdo de 1864-1866, que, cuando la autonomía y las instituciones de nuestras repúblicas fueran amenazadas quedasen unificadas todas las fuerzas navales de ellas bajo el mismo pabellón concluyendo con estas palabras que resultaron irónicas: "A la presente generación toca preparar el camino de la preponderancia americana". Su deber fue, de pronto, matar y destruir; pero al cumplirlo supo tener una nobleza de caballero antiguo. Y así, contra las duras exigencias de la guerra y contra las recias pasiones del momento, envió con una carta admirable a doña Carmela Carvajal de Prat las reliquias dejadas por su esposo, contendor suyo; salvó a los chilenos náufragos de la Esmeralda y perdonó al Matías Cousiño, evitó la destrucción de las poblaciones inermes; desdeñó la lucha con barcos inferiores. Sobre la sangre puso luz. Se hizo grandemente temible sin cometer un solo acto ilegal o cruel.

Sus victorias resultaron buenas acciones. Significando él tanto para el adversario, este no lo pudo odiar. En pleno delirio patriótico, poco después de la muerte de Prat y antes de Angamos, pudo Vicuña Mackenna llamarle en Santiago hombre formado por sí mismo, cuyos grados habían sido ganados mandando buques, cuyo nombre estaba lleno de probidad y juicio, para luego decir que era brillante piloto, hombre de valor, navegante eximio, hidalgo corazón; y para recordar, por último, que, aun careciendo de fortuna, viajó a Chile en 1878 a llevarse los restos de su padre fallecido en Valparaíso.

Por todo ello, resulta Grau, tan excepcional: precisamente por haber estado formado nada más y nada menos que por las mejores y más simples virtudes que pueden pedirse a un varón cabal. Cuéntase entre ellas, por cierto, el amor a su tierra que es ingénito en todo ser bien nacido. Igualmente, el espíritu cívico del buen ciudadano. Asimismo, la abnegación del verdadero patriota que no sólo cumple su deber sino que por él se inmola cuando es necesario. Al lado de ella tuvo la modestia que, en la gente de bien, no está reñida con la altiva dignidad. Y por otra parte, encarna el dominio o maestría que todo profesional aspira a obtener en su oficio o vocación. Enlaza así las más altas cualidades castrenses, con las mejores virtudes de la vida civil. Honrado en el camarote y en la torre de comando, lo es también en el salón y en el hogar. Es buen marino y asimismo, buen esposo. Carece de los vicios hispanoamericanos de la improvisación, el desorden, la exageración, la sensualidad, la mezquindad y de aquel otro que Bolívar señaló cuando dijo que el talento sin probidad es azote de América.

Con él en nuestra historia, tan llena de abismos y a la vez bordeada de cumbres, renace la estirpe de los hombres que hizo posible el dominio del suelo duro y áspero, la creación de un Perú legendario y la gran aventura de la Independencia del continente; la raza que justifica nuestra

existencia como pueblo libre; la gente que nos dio temprano un sitio de honor en el mundo y que a veces esperamos que equivocadamente- suele parecer extinguida o puesta de lado por la caterva vociferante y audaz de los enanos, por la desmoralización de los débiles y por el aprovecharse de los malos. Por eso, Grau expresa las potencialidades que, a pesar de todo, hay en nuestras gentes; nos da un incorruptible tesoro espiritual: hierro de heroísmo, plata de aptitud, oro de bondad. Y, como todos los grandes de esta América para la que la Historia es sólo prólogo, puede ser llamado Adelantado, Fundador, Padre.

AGUIRRE, FERRÉ, RODRÍGUEZ.

Elías Aguirre nació en Chiclayo el 1 de octubre de 1843. Ingresó en la Escuela Naval en 1858 y obtuvo el título de guardia marina en 1860 con el que fue embarcado en la fragata Amazonas. Alférez de fragata en 1864, fue teniente segundo en 1865. En la corbeta Unión participó en el combate de Abtao, por lo cual se le concedió el ascenso a teniente primero. Una altiva carta a su padre que publicó El Nacional lo colocó entre los marinos que protestaron del nombramiento de almirante Tucker como jefe de la escuadra.

Formó parte de la comisión de oficiales encargada de traer de Estados Unidos a los monitores Manco Capac y Atahualpa. Se negaron ellos a embarcar expertos norteamericanos en esos barcos y Aguirre asumió el puesto de segundo comandante del Atahualpa en la temeraria travesía hecha del Atlántico para doblar las costas del Sur en América meridional. Ascendió a capitán de corbeta, cuyo título le fue extendido en 1870. Segundo comandante de la Unión, participó en el penoso viaje a Inglaterra que esta corbeta hizo para carenarse. Al regreso, tradujo y publicó una obra sobre estudios relativos a la navegación en el estrecho de Magallanes. Subdirector de la Escuela Naval, pasó en 1875 a ser comandante de la cañonera Chanchamayo tripulada por jóvenes recién salidos de la Escuela de Grumetes. Entonces confirmó su reputación de marino serio y estudioso, instruido y práctico. Pero cuando se perdió este buque, Aguirre fue destituido y enjuiciado. Noblemente vindicó a todos sus oficiales y pidió para él todo el rigor de la ley. Separado de la escuadra, ocupó un puesto en la compañía cargadora de guano en Pabellón de Pica. Solicitó volver al servicio al estallar la guerra con Chile y fue embarcado en la corbeta Unión: A pedido de Grau, pasó a ser segundo comandante del Huáscar.

DIEGO FERRÉ
(1844 - 1879)



El marino lambayecano fue el asistente de Miguel Grau durante la campaña marítima de la guerra del Pacífico. Anteriormente, Ferré había luchado en el combate de Abtao (1866), durante el conflicto con la escuadra española del Pacífico. El 21 de mayo de 1879 participó como teniente primero en el combate de Iquique, y el 8 de octubre de ese año en el de Angamos, donde murió junto a Grau, alcanzando por una granada chilena.

ELÍAS AGUIRRE
(1825 - 1884)



El marino chiclayano inició sus estudios en Lima, en 1858. En 1865 fue ascendido a teniente segundo y designado oficial de la corbeta Unión. Participó en el conflicto con España en 1866, ocasión en la que, gracias a sus acciones en el combate de Abtao, obtuvo el título de Benemérito de la Patria. Tras la declaratoria de guerra de Chile, en 1879, Aguirre fue reincorporado a las labores militares. De inmediato fue destinado a la corbeta Unión, y luego trasladado, como segundo comandante, al Huáscar. Murió durante el combate de Angamos (8 de octubre de 1879), decapitado por una granada.

Diego Ferré nació en el pueblo de Reque, provincia de Chiclayo, el 13 de noviembre de 1844. Estudió, entre otros planteles, en el Colegio de Guadalupe. Luego se matriculó en el Colegio Militar. Fue guardia marina en la corbeta América en 1866 y combatió en Abtao. Como alférez de fragata, navegó en el Atahualpa en el famoso viaje de Estados Unidos al Callao. Ascendió a teniente segundo en 1871. Estuvo luego en el Tumbes, en la capitanía de puerto de las islas de Guañape y en el Huáscar dos veces hasta 1872. Después de una breve separación de la armada, le fue conferida la clase de teniente primero y se le envió a la Independencia donde permaneció hasta 1877. Luego pasó también a los otros monitores y al Talismán y en enero de 1878 volvió al Huáscar donde estaba al iniciarse la guerra. Grau lo hizo su ayudante y en ese puesto murió y ha quedado inmortalizado.

José Melitón Rodríguez, limeño, empezó a servir en 1869 en el Huáscar, de donde fue trasladado a la Independencia y volvió al Huáscar para obtener la clase de teniente segundo en 1876. En 1877 estuvo sucesivamente en el Talismán, la Unión, la Independencia y la Pilcomayo, volviendo de esta cañonera otra vez al Huáscar en setiembre de 1872 para no cambiar de barco ya Rodríguez, teniente primero graduado estaba de guardia matinal en el Huáscar el 8 de octubre.

Enrique S. Palacios Mendiburu, limeño también, nacido el 16 de agosto de 1850, actuó como guardiamarina, casi niño, en la campaña naval contra España y en el combate de Abtao se encontró a bordo de la Apurímac. Así llegó a ser alférez de fragata, sirviendo luego en el viaje de los monitores Manco Cápac y Atahualpa desde Estados Unidos, en la América y en el Huáscar hasta 1868 en que se alejó de su carrera. Volvió a ella con la

guerra de 1879 y actuó como teniente segundo en la Independencia. Estuvo en el naufragio de este barco y fue el último de los que, jadeantes, abandonaron su cubierta después de entregarla a las llamas. Ingresó en seguida al equipo inmortal del Huáscar, cuyo mando asumió cuando estaba cubierto de heridas.

LA SUCESIÓN EN EL COMANDO. PALACIOS, CARVAJAL, GAREZÓN.

En el combate de Angamos el mismo proyectil que chocó en la torre del comandante del Huáscar la perforó y, estallando adentro, hizo volar a Grau y dejó moribundo a su ayudante teniente primero Diego Ferré. Tomó entonces el mando del monitor el segundo comandante, capitán de

ENRIQUE PALACIOS
(1850 - 1879)



El joven limeño se inició en la marina en 1864. Durante el combate de Abtao (1866) luchó en la fragata Apurímac bajo las órdenes de Lizardo Montero. Tras unos años de servicio, Palacios pidió su baja para dedicarse a negocios particulares, pero se alistó nuevamente tras la declaratoria de guerra de Chile (1879). Peleó en la fragata Independencia y luego fue trasladado al Huáscar. Recibió catorce heridas en el combate de Angamos, pero siguió luchando hasta su captura por los chilenos. Murió cuando era trasladado al puerto de Iquique.

corbeta Elías Aguirre, a cuyas órdenes continuó el combate tenazmente no obstante de que "las dificultades del gobierno no permitían al Huáscar mantener una dirección constante de manera que sólo aprovechaba parte del andar que le producía su máquina" (dice Melitón Carvajal en su relación del combate). Así encerrado entre los blindados dirigió sus fuegos sobre el Blanco e intentó embestirle con el espolón. Aguirre murió y también el teniente primero José Melitón Rodríguez.

El teniente primero Enrique Palacios comandó el buque con serenidad y valor después de muertos tres jefes: gravemente herido fue conducido después a bordo del Cochrane. Canjeado días después del combate murió Palacios a consecuencia de las catorce heridas a bordo de uno de los vapores de la compañía inglesa, en la rada de Iquique donde todavía flameaba el pabellón peruano. Domingo de Vivero le dedicó un poema llamándole cuerpo de niño y alma de coloso".

El capitán de fragata Manuel Melitón Carvajal quedó herido por los destellos de una bomba que penetró en la torre y estalló dentro de ella, imposibilitándole para seguir en el combate. Correspondió a consecuencia de la muerte de Aguirre, el mando del buque al teniente primero Pedro Garezón, quien previo acuerdo con los demás oficiales, intentó sumergir el buque, lo cual fue impedido por los marinos chilenos que llegaron para apresarlo junto con sus sobrevivientes entre los que estaban, aparte de los dos heridos, Carvajal, Palacios y Garezón, los tenientes segundos Gervasio Santillana y Fermín Diez Canseco, otros oficiales de menor graduación y la tripulación. Los

prisioneros sumaron en total ciento sesenta y cinco y los cadáveres encontrados en el Huáscar treinta y uno.

En el monumento de Victorio Macho a la gloria de Grau, una alegoría simboliza la sucesión en el comando que, en medio del fragor del combate, se fue efectuando con precisión clásica del Almirante, a Aguirre, a Garezón mientras caían Ferré y Rodríguez y eran heridos Palacios (muerto poco después) y Melitón Carvajal y Pedro Garezón ambos convertidos luego, junto con los demás sobrevivientes, en reliquias nacionales.

LA CORBETA "UNIÓN" EL 8 DE OCTUBRE

A diversos y a veces apasionados comentarios dio lugar la actuación de la corbeta Unión y de su comandante Aurelio García y García el 8 de octubre. Las instrucciones que tanto él como Grau habían recibido eran, como se ha visto, la de no comprometer las naves ante fuerzas superiores salvo encontrarse en la imposibilidad de retirarse. Una junta de jefes a bordo de la Unión adoptó aquel día el acuerdo unánime de trabar combate "cualesquiera que fueran las consecuencias" "en el caso de que se estrecharan las distancias con las naves enemigas de tal modo que pudieran éstas ofendernos con sus fuegos". La Unión, después de haber maniobrado para atraer sobre sí, en cuanto pudo a la escuadra enemiga, logró escapar luego debido a su andar mayor que el del Huáscar. En una carta dirigida a García y García el 13 de enero de 1880, Pedro Garezón, último comandante del Huáscar, afirmó: "La Unión desde que distinguimos a las naves chilenas, antes de amanecer, consiguió con sus arrojadas y hábiles maniobras acercarse a los enemigos y llamar sobre sí la atención de esos buques, llevándoles hacia el Sur. Por ese medio nos facilitó, el que con el Huáscar pasáramos al Norte describiendo una gran curva por el Oeste. Luego que aclaró y los chilenos conocieron su error, vino la Unión a interponerse entre esos buques que formaban la primera división y nuestro monitor; para esta hora, ya franco más al Norte, así continuamos navegando hasta que se avistó por el N.O. la segunda división enemiga. Entonces la Unión se aproximó más a nuestro costado de estribor a distancia de estar casi al habla, sin que yo como oficial de derrota y señales y que me hallaba al lado del malogrado e inolvidable contralmirante Grau, recibiese de él ni nadie a bordo, órdenes respecto de señales; las que, por lo tanto, ni entonces ni antes, ni después se le hicieron de ningún género a la Unión. Ambos buques procurábamos salir de la emboscada que fuerzas poderosísimas nos habían armado, esto es la verdad y lo que el deber, el honor y las conveniencias nacionales prescribían hacer".

Garezón terminó su carta con una apreciación llena de cordura: "Lamentar, pues, como con justicia se hace, la pérdida irreparable del Huáscar y acusar a la Unión que ninguna ayuda podía darnos, porque no ocurrió igual fin desgraciado, es algo ilógico y que sólo podrá explicarle por un acto de irreflexible exaltación patriótica al frente de sucesos tan trascendentales".

García y García fue sometido, a su solicitud, a un sumario indagatorio para aclarar su conducta y procedimientos. El Consejo de Oficiales Generales expidió sentencia el 17 de mayo de 1880. En su parte considerativa expresó dicho fallo "que del proceso resulta plenamente probado que la corbeta Unión procedió de conformidad con las instrucciones del entonces director de la guerra; que durante el encuentro y maniobras que se siguieron ante esas fuerzas enemigas poderosas no recibió la Unión órdenes ni señales del jefe superior que se hallaba a bordo del Huáscar para alterar dichas instrucciones; y que las condiciones especiales de la Unión no le permitían otro género de evoluciones que las efectuadas". De conformidad con lo opinado por los dos fiscales de la Corte Suprema, por el fiscal militar que entendió del sumario y por el auditor de marina, el Consejo de Oficiales Generales, por unanimidad de votos, absolvió "definitivamente de todo cargo y responsabilidad al capitán de navío D. Aurelio García y García, sin que el presente proceso pueda

en ningún tiempo ni circunstancia serle de nota en su carrera ni en su nombre". Firmaron la sentencia Juan Nepomuceno Vargas, Diego de la Haza, José Elcorrobarrutia, Hercilio Cabieses, Lino de la Barrera, Luis Germán Astete y Juan Manuel Fanning. La sentencia fue luego aprobada por resolución suprema el 30 de julio de 1880, refrendada por Piérola y firmada por Manuel Villar.

"No quiso nadie en el Perú darle a la guerra marítima el carácter defensivo que la debilidad imponía", ha escrito Pedro Dávalos y Lissón. "La opinión pública repudió la prudencia. No la aceptó y si empeño hubiera habido en llevarla a la práctica, una insurrección popular apoyada por el ejército, hubiera derrocado a Prado. La patriotería nacional, no combatida por la prensa, sino más bien estimulada por ella, y que llegó al extremo de perturbar los dictados de la razón y la prudencia, se aproximó a la crueldad con que un populacho inconsciente trata al valiente torero que saca el cuerpo a un toro que no tiene condiciones para la lidia. Hubo el deseo de que nuestros marinos se comportaran no como hombres, sino como semidioses y que todos sus actos fueran dignos de la epopeya. La hazaña meritoria de García y García, hazaña que salvó la corbeta Unión en el combate de Angamos, fue considerada como una cobardía...", agrega Dávalos y Listón.

LOS MÉDICOS EN EL "HUÁSCAR"

El jefe de la sanidad naval, con el título de cirujano mayor fue Santiago Távara que estuvo embarcado en el Huáscar. Luego se estableció una gradación de cirujanos de 1ª, 2ª, y 3ª, clase; además había estudiantes de Medicina y Farmacia embarcados en las diferentes unidades en calidad de auxiliares. Junto con Távara pertenecieron al Huáscar el cirujano de 1ª clase Felipe Miguel Rotalde y el practicante de Medicina José Ignacio Canales. Tanto Távara como sus colegas fueron heridos en Angamos; pero ellos continuaron prestando sus servicios y en Chile atendieron también a los heridos peruanos.

MIGUEL GRAU

INTERPRETACIÓN Y HOMENAJE

El primero de los textos que estudiará el presente ensayo es el del sermón de Monseñor José Antonio Roca y Boloña en la catedral de Lima el 29 de octubre de 1879.

Después de la primera generación ochocentista de clero liberal simbolizado por Rodríguez de Mendoza y el Luna Pizarro juvenil, después también de la segunda generación cuyo sello distintivo quiso Bartolomé Herrera fuese la doctrina de la soberanía de la inteligencia, apareció una tercera generación desde finales de los años 860 hasta el primer decenio de nuestra centuria. Allí



estuvieron dos grandes amigos de toda la vida: Manuel Tovar, de muy humilde origen y José Antonio Roca y Boloña, proveniente de una rica familia de la alta burguesía. Les tocó discutir, en nombre del catolicismo ultramontano y vaticanista con los personeros de un liberalismo ya muy mitigado después de las grandes y encendidas polémicas 1854, 1856 y 1857. La década de los 870 trajo en Lima el florecimiento simultáneo de varios periódicos caracterizados por su, gran formato y por su alto tiraje mucho más leídos que sus predesores como órganos informativos y como instrumentos para la orientación popular. Aquellas salas de redacción no fueron como las de nuestro primer siglo XIX trincheras o barricadas, sino cátedras y tribunales. Correspondieron a una, época próspera y fecunda

en el periodismo capitalino tan injustamente vilipendiado en nuestros días. Desde el diario La Sociedad Roca, Tovar y otros, con su firma o desde la penumbra de lo no firmado, que en los periódicos modernos suele producir a veces joyas sin marcas de fábrica, dignas de las antologías como un romancero anónimo, se enfrentaron a Miró Quesada, Carranza, Pazos, Del Valle, Aramburú, los Chacaltana y demás colaboradores en El Comercio, El Nacional, El Heraldó.

Entre los temas de su discusión estuvieron la infalibilidad del Papa y otras doctrinas del Concilio Vaticano I y la unidad italiana obtenida gracias a la ocupación de Roma en 1870. A veces el debate se trasladó a la Universidad de San Marcos, donde Tovar y Roca y Boloña polemizaron, en más de una oportunidad, con dos médicos, José Casimiro Ulloa y Celso Bambarén. Este último se jactaba de ser enemigo personal de Jesucristo.

El prestigio de Roca y Boloña como orador y escritor lo llevó a la Academia de la Lengua y atrajo hacia él la atención reverente del gran público. Fue autor de numerosos sermones y panegíricos propios de su rango eclesiástico, y también su voz sonora de riquísimos tonos fortificó, alimentó en momentos de penuria el sentimiento nacional, por ejemplo en las exequias del héroe José Gálvez Egúsqüiza en 1866, ante los despojos mortales del Presidente Balta en 1872 y en 1878 tras el asesinato de Manuel Pardo.

La amistad que ligó a Roca y Boloña y Grau fue muy antigua e íntima. No faltan quienes aseveran que hubo entre ellos la relación de confesor a confesado. El Comercio del 25 de julio de 1934 publicó un grabado con una imagen de Santa Rosa, regalada por este sacerdote, que el comandante del Huáscar llevó a un lugar preferente en su cámara. Su dedicatoria, a la vez pesimista y afectuosa, dice así: "Miguel: Que esta santita nuestra te acompañe y si no te regresa con vida que te traiga lleno de gloria". La estampa presenta cinco perforaciones de bala y está manchada con sangre. Perteneció más tarde a Rafael Grau por donación de su propia madre y, luego, a la señora Elena Price de Grau.

No extraña, pues, encontrar a Roca y Boloña en la ceremonia efectuada en la Catedral de Lima a sólo tres semanas de la batalla de Angamos con motivo del duelo nacional ordenado por el Congreso. Fue uno de los más famosos entre los sermones que integran la obra de ese gran orador. De acuerdo con lo que ocurriera en anteriores grandes ocasiones y mucho más .aún, estuvo él movido por una honda emoción patriótica con olvido total de recientes y menudos debates doctrinarios, pues lo que ansiaba entonces era la unión de todos los peruanos. El cálido estilo sostenido por epítetos redundantes tuvo mucho de las modulaciones de un órgano y hace recordar a la música de las misas tradicionales, hoy desterrada por las nuevas generaciones. Diríase que estamos frente a una liturgia musical, también con algo de las melodías ricamente movidas del canto gregoriano, como en una misa de difuntos donde el Kyrie es severo acatamiento a la voluntad de Dios, el Agnus expresa humildad y el Credo majestad.

Hoy se otorga gran importancia al exordio del discurso de valor histórico y se le llama la codificación de la ruptura del silencio y de la lucha contra la afasia. Roca y Boloña llegó a ser famoso por lo sorprendente o lo inesperado de sus exordios. Aquí se atrevió a ir a una síntesis audaz, ya que transportó a las frases de obertura palabras a las que lógicamente hubiese correspondido ser las epilógicas. Empezó diciendo así: "El infortunio y la Gloria se dieron una cita misteriosa en las soledades del mar sobre el puente de la histórica nave que ostentaba nuestro immaculado pabellón tantas veces resplandeciente en los combates".

Como lo hiciera otras veces, procuró Roca y Boloña en su texto que no lo cegara el cariño y que no lo perturbase la pasión; y, fiel al precepto clásico, quiso ser el más amigo de sus amigos, en este caso Grau, y al mismo tiempo un inflexible amigo de la verdad histórica tal como la entendió.

En este sermón, como en otras de sus piezas oratorias, funciona una caudalosa lengua emocional organizada, como dicen los lingüistas, en zig-zag o en diente de sierra, ya que junto a la exaltación de tipo nacional aparece lo que se llama un paragramatismo, es decir un discurso dramatizado con párrafos dobles acompañados por citas bíblicas, interrogaciones y exclamaciones, apóstrofes a Dios, a la Patria y a los caídos en la lucha. Todo esto, aliado de la narración sintética y objetiva de las hazañas del Huáscar y la referencia o algunos rasgos de su jefe. Así, por ejemplo, la caridad que salvó, vistió y alimentó a los naufragos de la Esmeralda; la notable carta a la viuda de Prat, episodios no conocidos como las recomendaciones en favor de los prisioneros confinados en Tarma a fin de que se les auxiliase en lo que hubiera menester, obligándose él a satisfacer el dispendio con su propio y escaso peculio; los esfuerzos para atribuir las hazañas del monitor a



MANUEL GONZÁLEZ
PRADA (1844 - 1918)



El escritor limeño publicó un ensayo (1883) y luego un folleto (1885), en homenaje a Miguel Grau. En el segundo, afirma que el Perú de 1879 no estuvo representado por líderes políticos como Prado o La Fuente, sino por la entrega y el patriotismo de Grau. En sus escritos, González Prada abordó varias veces el tema de la guerra del Pacífico, en la cual participó. En 1888, en su famoso discurso del teatro Politeama, dijo: "Cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, y militares y políticos a la altura del siglo, recuperaremos Arica y Tacna y entonces, y solo entonces, marcharemos sobre Iquique y Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero y último" (sic).

todos los que lo tripulaban: el aplazamiento en el uso de las insignias de la alta clase que el Parlamento le otorgó, pues no quería abandonar el comando de la nave a la que le unían tan numerosos recuerdos y el más íntimo afecto. En esta última referencia Roca y Boloña aludió incidentalmente a una de las características del Huáscar. El barco, el jefe, los oficiales, predilectos discípulos suyos y la tripulación, cada uno tuvo su idiosincrasia, y uno por uno merecen el homenaje respetuoso de la historia; pero aquellas peculiaridades quedaron inmersas dentro de una íntima alianza, un modo de vivir comunal y el buque formó parte de un todo al que sus hombres dirigieron y amaron. Y, ¿cómo era esa nave, muralla móvil, la única muralla que impidió durante seis meses avanzar al invasor? La caracterizaban tremenda deficiencias. Ellas aparecen nítidamente retratadas en el libro *Revelaciones históricas sobre la guerra y la paz en el Perú* por A. Castro y Luna Victoria (1884), cuando transcribe la narración pavorosa de Julio Octavio Reyes, corresponsal del diario *La Opinión Nacional*, sobre la tempestad que el monitor soportó durante seis horas frente al puerto chileno de Huasco el 6 de agosto de 1879, al extremo de quedar por unos largos momentos tumbado hacia babor y allí lo cogió una ola de veintidós pies de altura. A pesar de todo, logró al día siguiente burlar al blindado enemigo *Blanco Encalada* y el transporte *Itata*.

Roca y Boloña hizo puntual referencia de la renuncia que Grau hizo de los goces del Almirantazgo, surge una comparación. En el codicilo del testamento del héroe naval británico Horacio Nelson; escrito, dice textualmente, poco antes de la batalla de Trafalgar, a la vista de las flotas combinadas de España y Francia, distantes sólo en unas diez millas, hay una mención a los servicios de su amante Emma Hamilton al Estado; y el codicilo termina así: "Si yo hubiese podido remunerar esos servicios no apelaría al país; pero como no me ha sido posible, dejo a Lady Emma Hamilton en

herencia al rey y a la patria a fin de que le den ampliamente lo necesario para mantener su posición social. Encomiendo también a la beneficencia de mi Patria mi hija adoptiva Horacia Nelson Thompson". Sabemos por el sermón de Roca y Boloña que Grau, católico sincero, recibió los santos sacramentos con ejemplar fervor e hizo sus disposiciones últimas antes de salir a campaña porque sabía muy bien que se iba a sacrificar por el Perú. Y en aquellas disposiciones finales (acotamos nosotros) nada pidió para su esposa ni para los ocho hijos de ese matrimonio, ocho sobrevivientes de diez. Debe editarse lo que Grau escribió. Habría que mencionar también el codicilo que nunca quiso añadir a su testamento, la ausencia de un cualquier pedido de remuneración a su larga y no acaudalada familia.

Paso a ocuparme del segundo autor mencionado en esta incompleta recopilación histórico-literaria sobre los intérpretes de Grau. Desde el siglo XVI la ciencia empezó a ser en Europa una creciente fuerza rival de la religión y de las artes; y a través del siglo XVIII cesó de ser el privilegio de una cerrada élite y ejerció creciente influencia en la mente de las personas cultas. Hacia la última parte del siglo XIX, llegó a obtener para muchos un lugar supremo. Se creyó que, si a la ciencia obedece el universo físico, que si de ella derivaban los crecientes adelantos en la técnica y en la economía, de su seno también podía salir el secreto de una teoría absoluta. A la razón como elemento básico se quiso unir inevitablemente la búsqueda de la verdad. Así surgió una certeza que el tiempo desmiente: la batalla contra los elementos irracionales en el espíritu humano y en el mundo entero estaba ya ganada o en víspera del triunfo y el progreso total; era una fuerza inexorable.

Quien mejor simbolizó esta actitud tardíamente llegada al Perú fue Manuel González Prada. No sólo propugnó su admiración absoluta a la ciencia, atemperada, años más tarde, por ráfagas de un escepticismo estoico y patético. Negó además con desprecio y sarcasmo a la religión. La fe en el progreso, al que llamó sol sin occidente, lo condujo a las más radicales consecuencias también en el orden social y predicó la redención de los desheredados, de los humildes y entre nosotros, con un significado precursor, la de los indios.

Ante el Perú se reveló como el más severo de los disidentes de nuestra historia y le aplicó con elocuencia despiadada su teoría del pus y su teoría de los árboles nuevos.

La tesis del pus consistió en la afirmación enfática de una repugnancia sin atenuantes para la realidad nacional en sus diversos hombres, cosas e instituciones. ("En el Perú -dijo- donde se aplica el dedo brota el pus"). La tesis de los árboles nuevos tuvo como base también sus propias palabras: "Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas y frutos nuevos", anexas a su llamamiento para que los jóvenes fueran a la obra y los viejos a la tumba. Sin embargo, el planteamiento de estas fórmulas implicó frente al pasado un negativismo rotundo, o sea una ceguera para los factores heterogéneos y condicionantes dentro de los que se mueve de modo inevitable la compleja realidad del acontecer. Así fue como se situó en esa posición no científica ni serena, la del fiscal en un film truculento o un melodrama, que tanto ha condenado en nuestros días Lucien Febvre: el fiscal que demanda los castigos más severos contra todos los autores y sus comparsas de la historia en actitud no relativista, desacorde con el culto de la ciencia que teóricamente González Prada preconizó. Y así se dio, por lo menos en más de una oportunidad, el lujo de desheredar a sus antepasados.

Sin embargo esta bilis negra, para hablar con un lenguaje antiguo, tuvo tres límites. Ante la guerra del Pacífico no adoptó la actitud de impugnación, de condena acerba, tampoco conocida, del pequeño grupo chileno de positivistas, o sea de adeptos de Augusto Comte, cuya jefatura ejerció Juan Enrique Lagarrigue. Reaccionó ante esta catástrofe como un gran patriota. Y predijo que el futuro nos debía una victoria. Y anunció que el país en escombros y totalmente abatido después del tratado de Ancón, cuando el vivir en este país, todo el vivir en realidad no era sino un no morir, tendría su hora feliz, que él, en esa etapa primera de su obra, ligó a la revancha de acuerdo con las

ideas de la lucha por la existencia, la crueldad de la naturaleza, la supervivencia del más fuerte y la necesidad de la fuerza, imperantes a fines del siglo XIX.

Pero el cientificismo que González Prada proclamó y que el crítico italiano Alessandro Martinengo ha estudiado en detalle desde el punto de vista de la honda influencia que ejerció sobre su vocabulario, no traspasa los linderos de la literatura, aunque la enriquece considerablemente. Las obras y los autores citados en su libro *Páginas libres* provienen en gran parte de aquel mundo; clásicos griegos y latinos, clásicos y contemporáneos españoles, y sobre todo grandes figuras de la lengua francesa. Aparecen además muy sólidos sus contactos -hecho muy raro entonces en Lima- con escritores alemanes, ingleses y, en menor proporción, italianos. Las citas de rusos son escasas. Trabajando libremente en su propio hogar, sin que lo interrumpiesen compromisos o convencionalismos de tipo social o académico, González Prada buriló una obra que se expresó tan sólo a través de artículos esporádicos o de discursos cortos o de poemas concentrados, nunca por medio de tratados voluminosos. Quiso hacer su propia antología. Trajo al Perú lo que Roland Barthes ha llamado el artesanado del estilo, a cuya fabricación se consagró el literato como el orfebre de antaño en su taller para desbastar, pulir y engarzar su material a costa de muchas horas de soledad, de fatiga y de tristeza. La forma cuesta mucho, dijo Paul Valéry con una frase hoy repetida con frecuencia por los estructuralistas.

Dos años después de firmada la paz de Ancón, González Prada publicó un ensayo sobre Grau en el diario *El Comercio* y luego en el folleto que con motivo del 64 aniversario de la Independencia Nacional, el 28 de julio de 1885, editó la Sociedad Administradora de la Exposición bajo el título *Recuerdo a los defensores de la Patria*. Tuvo este opúsculo, además, las colaboraciones de Luis Carranza, Ricardo Palma, José Antonio de Lavalle, J. Viterbo Arias, R. García y Enrique E. Carrillo.

Cuando el gran pensador radical escogió libre y espontáneamente a Grau como tema que después de sucesivas correcciones incluyó en el libro *Páginas libres* de 1894, lo hizo porque creyó que estaba en el más alto nivel de sus exigencias éticas y estéticas y de acuerdo con su culto a la razón y en contraste vivo con su tesis del pus y de los árboles nuevos en el Perú.

El mundo de Roca y Boloña y el de González Prada fueron totalmente antagónicos. Entre el púlpito severo de la Catedral las tertulias ruidosas e irreverentes del *Círculo Literario* hubo astronómica distancia. Sin embargo, ambos -en 1879 y 1885- coincidieron en rendir homenaje al comandante del Huáscar; y a pesar de ser contemporáneos suyos, percibieron nítidamente su grandeza en la majestad y en los detalles que ella albergaba, cuando la acción del tiempo aún no había permitido el efecto acumulado de enjuiciamientos sucesivos y no había empezado la resaca de los años que otorga a los hechos de los hombres una perspectiva adecuada.

Las primeras palabras del ensayo sobre Grau suenan como un pistoletazo: "Epocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo. El Perú de 1879 no era Prado, ni La Puerta, ni Piérola: era Grau".

González Prada el díscolo, el segregado, el libertario, el altivo se exhibe como un peruano más cuando afirma: "Todos volvían los ojos al comandante de la nave, todos le seguían con las alas del

corazón, todos estaban con él". El empleo del adjetivo "todos", que cuatro veces repite este literato tan cuidadoso en su estilo, nos debe conducir a una reflexión. El panfletario que en el libro *Horas de Lucha* se esmeró en ofrecer una versión horizontal o segmentada de los peruanos según los distintos y odiosos grupos en que los dividió, aquí aparece agrupándolos amorosamente en un sentido vertical aliado o alrededor del héroe. El lector adivina que González Prada había vivido con intensidad aquel año fatídico las alternativas de sorpresa, esperanza, fervor, orgullo, entusiasmo, ansiedad y finalmente dolor que el Huáscar suscitó.

El breve esquema biográfico que hace en seguida podría ser completado en nuestro tiempo, como es natural, gracias al aporte de muchos especialistas; pero continúa válido. A través de ese relato y de los párrafos siguientes, el anunciador parece que ha decidido ausentarse de su discurso; diríase que la historia se cuenta sola. Frases y párrafos hállanse unidos como las moléculas de un claro líquido. Las palabras nada tienen de excesivo, de arbitrario o de teatral, no se desprenden del terreno de la vida diaria. Rasgos físicos o espirituales del héroe, cosas por él dichas, detalles que gentes desprevenidas calificarían como poco importantes, son trazados con una infalible seguridad que reposa en un modo objetivo de pensar o de escribir tan grato a los lectores de sensibilidad moderna. Y con muy sencillos elementos, que tienen algo de la parquedad de un despacho telegráfico elevado a la más alta categoría estética, en páginas que deleitan y seguirán deleitando al público selecto, y hieren y seguirán hiriendo los corazones de la gente común, queda diseñada una figura a quien circunda ese don misterioso que Max Weber llamó el carisma, o sea un poder personal, extraño, con un hechizo singular, no asequible a cualquier otro, un algo atractivo; sin embargo fácil de ser percibido y de ser aceptado con entusiasmo.

Cuando, en un acápite, González Prada destaca la generosidad de Grau ante el adversario, origen de diversas críticas, es de lamentar que no conociera la carta del Almirante a doña Manuela Cabero de Viel, la hermana de su esposa doña Dolores Cabero de Grau, que casó con el capitán de fragata chileno Oscar Viel. Allí afirma: "Te aseguro, querida hermana, que cada día estoy más contrariado por no verle todavía un término a esta guerra que siempre he considerado y considero hoy mismo como fratricida o guerra civil". Una vez más, Grau evidencia que así como no tenía miedo, tampoco tenía odio y que aun en la lucha desigual era, a pesar de todo, hombre de concordia en este país donde hay tantos hombres de rencor.

Los últimos párrafos del ensayo de González Prada señalan un cambio total en lo que podríamos llamar los contornos de su pensamiento. Surge una gran fuerza explosiva para la condena de los descalabros y de las miserias terribles o grotescas exhibidas en la guerra y sobre todo antes de ella, así como la profecía de una futura victoria, en la que hay que ver la exigencia previa para una auténtica regeneración colectiva, según ha explicado con acierto Hugo García Salvattecci, con la finalidad de que (según palabras del mismo González Prada) la generación naciente no sea lo que nosotros somos hoy: "enterradores de muertos y lamentadores de infortunios".

Todos sabemos cómo, hacia 1901, González Prada evolucionó del republicanismo radical hacia la doctrina anarquista. Se necesita trabajar más sobre su influencia en el nacimiento de la organización laboral peruana. Son muy conocidos esos versos suyos que dicen: "Patria, feroz y sanguinario mito execro yo tu bárbara impiedad", contradichos por la realidad de nuestro tiempo. Nuestra generación ha visto en la pantalla de la televisión la llegada de los hombres a la Luna y hemos oído a Neil Armstrong cuando desde esa distancia exclamó que veía a la tierra como una isla en el espacio, una isla pequeñísima aunque es el único lugar donde podemos vivir. Y sin embargo, a pesar del maravilloso avance en los transportes y en las comunicaciones en la interdependencia mundial y del desarrollo casi planetario de una economía mixta burocrática o capitalista y siempre transnacional, de otro lado vemos nacer nuevos Estados y florecer inesperadas naciones en África, en Asia y en las pequeñas y ya antiguas colonias francesas, holandesas e inglesas de América, cuyos hombres y banderas son tantos, que muchos no los identifican siempre. Hasta ahora la tan celebrada Comunidad Económica Europea no ha llegado a ponerse de acuerdo ni sobre el urgente problema de la serpiente monetaria o sea la interrelación de sus divisas; y en zonas periféricas de aquellos viejos Estados aparecen jóvenes movimientos ansiosos de señalar los desniveles internos en el reparto de las cosas sociales, culturales, económicas y políticas; naciones sumergidas que se declaran interdictas y sometidas a un colonialismo interno. Son casos como en la Gran Bretaña, los de Gales y Escocia, esta última zona muy valiosa ahora por el petróleo del Mar del Norte. Por otra parte, no mueren los enfrentamientos de valones y flamencos en Bélgica; y los autonomismos catalán y vasco en España acaban de resucitar. En la parte más septentrional de América se intensifica el debate entre anglocanadienses y francocanadienses. Y en el Cercano Oriente que vio emerger de nuevo al milenarismo Estado de Israel, tan moderno en su avance técnico, tan singular por su ensambladura religiosa y con cierta similitud paradójica con Esparta y con Atenas, vibra a la vez la beligerancia de los arabismos nacionales, cuya complicada gama incluye, por ejemplo, el izquierdismo de Siria y de Libia y el derechismo de Saudi Arabia multimillonaria, mientras Egipto, con Sadat, olvida la mística militar socialista de Nasser, y los palestinos, a través de actos de terrorismo a veces desesperados o, como en los últimos tiempos, por medio de complejas maniobras ante las superpotencias, buscan fanáticamente la obtención de una tierra propia. En suma, el nacionalismo que González Prada, al final de su vida, creyó deshecho, actúa como una de las fuerzas más potentes de nuestra época confusa y plagada de turbulencias. Enciende las aspiraciones de los pueblos no desarrollados en todo el universo, y sus consignas múltiples simbolizan el repudio a formas diversas de opresión, si bien, para no ser pesimistas, es dable creer que, a la larga, no será incompatible con libres coexistencias y adecuadas integraciones.

Volviendo a González Prada, a pesar del repudio final que él hizo de sus opiniones patrióticas, jamás se desdijo de su elogio de Grau, que en nuestra literatura está ungido por una rara jerarquía, gracias a su influencia fundacional. En una carta de Alfredo González Prada, hijo del gran panfletero, a mi muy estimado amigo Oscar Grau Astete, a quien tanto "debo en la árida y larga pero cordial e inolvidable etapa de elaboración de los materiales para el presente trabajo, carta fechada en Nueva York el 2 de febrero de 1943, al enviarle algunos libros, dijo así: "Efectivamente una de las más bellas cosas que mi padre escribió fue su elogio de Grau. De pocos compatriotas

nuestros escribió líneas encomiásticas; pero con Grau su pluma no escatimó alabanzas. Lo conoció personalmente. Hasta hizo con él un viaje en el Huáscar y lo recordaba siempre con vivísima simpatía".

Se ha incrementado en el Perú de los últimos tiempos una contracultura negativa, heterodoxa, iconoclasta. Ella cumple a veces una tarea compensadora frente a lacras entronizadas o frente a la deletérea atmósfera de mentiras convencionales; y otras veces se desborda hasta llegar a los extremos de gozar en la autoflagelación. Pero quien precisamente desató entre nosotros ese fenómeno que Marcuse llamó el Gran Rechazo, y que suele parecer, sobre todo entre los jóvenes, el comienzo de un furioso vendaval, o sea González Prada, sigue y seguirá erecto, perenne e irrevocable en el homenaje a la memoria de Grau.

Hablé antes de un sacerdote y de un panfletario radical. A la convocatoria de esta noche no podían faltar los historiadores. Voy a mencionar a dos de los más eminentes de nuestro siglo XX: José de la Riva-Agüero y Raúl Porras Barrenechea. Aristócrata con mucho de los grandes señores de antaño, pero por su propia voluntad ubicado como beligerante contrarrevolucionario en las turbulencias que las dos grandes guerras mundiales provocaron, el uno; gran señor también el otro, atado en cambio por las necesidades de la vida a la carrera diplomática y a la docencia en colegios y en la universidad. Capaces fueron cada uno a su manera del estudio minucioso y analítico del pasado; y al mismo tiempo hábiles para unir a él el sentido de la interpretación. Así, pues, ambos cronológica y espiritualmente son anteriores a la época del resentimiento contra la literatura, que predomina en la historiografía contemporánea. Dueños de la minuciosidad datística y, en sus mejores momentos, del don para otorgar vida a lo que ya no existe, hubieran podido hacer suyas, en distintas ocasiones, las inolvidables palabras de Marc Bloch: "Guardémonos de privar a nuestra ciencia de la poesía que le es intrínseca". Poesía, cabe agregar, que reside en la imaginación, facultad capaz de hacer al pasado preguntas esenciales y de recoger trozos de vida hundidos en las profundidades del tiempo, rescatándolos de las tinieblas de los documentos para acercarse a la muerte. Todo ello enmarcado necesariamente dentro de la fidelidad a las fuentes, pero sin desmedro de la más amplia libertad ulterior para interpretaciones y apreciaciones variadas y a veces polémicas.

Si en el lenguaje de Riva-Agüero -permítase una herejía anglófila ante un escritor tan castizo- es posible reconocer algo de lo que se llama en Inglaterra el estilo de Cambridge, con su acento grave, con sus períodos amplios y caudalosos, con su fuerza contundente, con su peso dialéctico, en la prosa de Porras, contemporáneo del post-modernismo, hállese algo del estilo de Oxford, o sea un llamado íntimo al corazón y a la imaginación, que utiliza con ágil elegancia el adjetivo relampagueante e inesperado y origina el matiz, la alusión, la sugerencia.

Riva-Agüero dedicó a Grau el discurso pronunciado en la Sociedad Entre Nous el 29 de julio de 1934 con motivo del centenario del nacimiento del héroe; y Porras trató del mismo tema con materiales y acento propios veinte años después, el 8 de octubre de 1954 en el Club Nacional.

Aquí no hubo ni siquiera lo que en una frase alemana se llama el saqueo de un pedacito de pan. Cada uno de estos historiadores poseía su personalidad y su estilo y cada uno tenía mucho que decir. A lo expuesto por Porras no agregó hoy ningún comentario. Erudito de raza, empapado en la cultura peruana, incapaz de querer imitar a nadie, supo demostrar, en aquella ocasión como en muchas, que su inteligencia tenía ángel, en este caso caracterizado por el don del corazón conmovido y de la palabra armoniosa. Su evocación de las peripecias del Gran Almirante y de "la vieja y querida enseña del Huáscar (dijo), en el que todos hemos navegado idealmente y aprendido la congoja y el orgullo de ser peruanos," no sólo emula las páginas clásicas donde hizo el redescubrimiento de tantas figuras, como por ejemplo Sánchez Carrión, sino resulta una novedosa lección sobre historia republicana, que él conocía muy bien por fuentes no sólo directas sino propias. Tiene, además, para quien la lea, la magia rara de hacer prender de nuevo las luces más bellas de la juventud. Concluida esta aleccionadora lectura, cuya elocuencia en ningún momento desborda la estricta verdad histórica, quisiéramos aplaudir de pie, como solían a veces aplaudir a Porras sus discípulos cuando terminaba sus clases.

Por razones que no implican una diferenciación jerárquica, trataré con más detalle del aporte de Riva-Agüero.

En curiosa y reiterada analogía con González Prada, aunque desde un ángulo totalmente opuesto y sin revanchismo, el autor de Paisajes Peruanos fue el 29 de julio de 1934, como lo hiciera otras veces, al ejercicio voluntario de una magistratura que bajo la luz lunar de su última época erguida altivamente sobre decepciones cívicas y personales, optó por la lucha viril, a fuego graneado y cuerpo a cuerpo, contra aquello que para su sincero criterio derechista era lo malo en nuestra psicología colectiva y en nuestra trayectoria republicana. Al entrar en el tema por él escogido, dedicó algunas reflexiones a los orígenes inmediatos de la guerra con Chile. Hizo una breve referencia al incumplimiento o no realización de probabilidades objetivas, o sea a la historia que pudo ser y no fue, cosa aparentemente frívola si no la hubiesen llevado al rango de una ciencia los nuevos historiadores de la econometría de Estados Unidos, al crear la *counter-factual history*, es decir la reconstrucción del ayer bajo el supuesto de que una hipótesis alternativa, una variable importante lo hubiese modificado: por ejemplo, qué habría ocurrido en la vida de dicho país ante la ausencia de los ferrocarriles o si no se suprime la esclavitud.

Llegó ya el momento de cerrar mi lista de hoy.

Cuando se inauguró en Lima el monumento de Victorio Macho el 28 de octubre de 1946 era Presidente de la república, elegido en democráticos comicios, el Dr. José Luis Bustamante y Rivero. Esta coincidencia fue feliz para la imagen histórica del héroe, ya que tocó hablar entonces en nombre de la Nación a quien sumaba, al lado de la dignidad de la investidura, la dignidad de su persona intelectual y moral. En aquellos días el Perú sin darse cabal cuenta, había contradicho el hábito inveterado de ir al desperdicio de sus hombres superiores.

Alejado desde el punto de vista cronológico de la guerra del 79, como no lo estuvieron el sacerdote y el panfletario, y lejos también del terreno profesional que cultivaron el autor de La

historia en el Perú y el de Fuentes históricas peruanas, el Presidente Bustamante expresó lo que hubiera podido calificarse como un homenaje institucionalizado, la voz de la conciencia de la Nación, al aire libre y desde la cima adonde legítimamente sus conciudadanos lo llevaron. Pero su palabra, respirando el aire puro de la altura, estuvo muy lejos del brillo barato de tantos discursos oficiales. Como lo ha hecho deliberadamente siempre, se dirigió a la inteligencia y a la sensibilidad de todos los peruanos conscientes de entonces y del futuro sin un solo halago a sus pasiones inferiores o a sus intereses subalternos, por todo lo cual si algunos pueden discrepar de él en temas que, por cierto, no podrían en modo alguno ser éste, le deben, por lo menos, respeto.

Aquel discurso del Presidente Bustamante fue una auténtica oración. Muchos lo saben de memoria y está en el nivel de los mejores elogios a Grau. Recordaré aquí sólo dos pasajes. Uno es aquel donde desarrolló bellamente la idea de que el heroísmo puede esconderse en cualquier campo de las actividades del humano vivir porque, aclaró, hay héroes humildes y grandiosos, de hogar y de epopeyas. "Tan pronto la acción heroica se exterioriza en provecho de un semejante en desgracia como responde a los llamados de una Patria en zozobra". Pero las alas y la garra de su pensamiento se superan a sí mismas en la invocación final. "Vuestra nave minúscula ha crecido, Almirante -dijo-, y hay un sutil poder de fuego que envidian los cañones en el silencio austero de sus cubiertas desmanteladas. No fue infructuoso vuestro sacrificio ni un vano gesto la inmolación de quienes, con vos, cayeron en la brega; vuestras sombras augustas presiden nuestros mares; y hay un altar para vuestro busto en cada nave de nuestra flota, y un rincón de emoción en cada pecho de nuestros marinos".

Cada vez resulta más notoria en la nueva historiografía, cuya fecha de maduración ha sido ubicada entre 1950 y 1960, la tendencia que pretende ir más allá del individuo y del acontecimiento. En sus diversas expresiones, indaga, ordena, compara e interpreta a las sociedades dentro de sus mecanismos económicos, de dominación, vinculación o dependencia internas y externas; se atreve a diseñar cómo nacen, se desenvuelven, chocan y perecen las culturas; busca preferentemente a las de abajo más que a las de arriba; le interesan la mujer y el niño, superando una tradicional masculinización, escarba en el pasado los distintos modos de nacer, vivir, trabajar, gozar, odiar, sufrir y morir; bucea en la salud, en la enfermedad, en la epidemia y en la alimentación, porque -según ha dicho Lévi Strauss- la cocina es otro de los lenguajes a través de los cuales se expresa el hombre; quiere reconstruir casas, chozas, palacios, hospitales, manicomios, cuarteles, conventos, presidios, campos de labranza; halla significación valiosa en las variantes del clima, en la demografía, en los medios de comunicación y de transporte, en los sembríos, en los muebles, en los utensilios, en los instrumentos; se entromete en lo que creyeron, leyeron, festejaron, cantaron, dijeron o soñaron las gentes de antaño; trata, en fin, que la complejidad de la vida misma se convierta en campo histórico inteligible. El historiador debe estar allí donde están la carne y el alma humanas. Y todo esto lo hace a través de síntesis audacísimas o por medio de monografías cuidadosas, en algunos casos respaldadas por la computadora, ese futuro lenguaje universal.

Nada de lo anterior señala la defunción de la biografía. Por el contrario, dicho género puede obtener vitalidad fresca por sus implicancias socio-económicas e inclusive con el auxilio de la historia de las mentalidades y de las nuevas corrientes de psicología individual y de psicología social,

así como del psicoanálisis cuidadosamente empleados. Tampoco ha quedado en abandono la semblanza caracterológica, que es una de las formas de la metahistoria. A este último género he limitado mi disertación de hoy.

En tomo a Miguel Grau, figura tutelar de la Marina peruana, existe una bibliografía nacional y extranjera abrumadora, sin contar canciones y poesías populares aún no coleccionadas. Muchos entre quienes estudiaron de veras a tan singular varón han forjado, con trozos de papeles aparentemente frágiles y volanderos como el aire, una estatua cuya belleza plástica el bronce, el mármol o la tela del pintor jamás superarán.

Con criticable silencio ante aportes muy valiosos, mi atrevimiento se ha limitado hoy apenas a glosar los textos en lo que comprometieron su juicio en relación con este personaje, cinco de semejantes figuras intelectuales, en tiempos muy diversos. No debemos entender estos documentos, y los demás que inciden sobre el mismo tema, como letras muertas y cerradas cuando, por el contrario, llevan en sí un mensaje de apertura. La vigencia de ellos no depende de un orden inmóvil y codificado que se encierra en la expresión de cosas exactas y en el empleo racional del lenguaje dentro de un circunscrito territorio-literario. Importa mucho tratar de ir a una descifración de las significaciones hondas del testimonio. Conocer la información es útil; pero no basta. Más allá de todas las tentativas para comprobar lo que hay en el determinismo literal del texto, cabe ir a una crítica que no sea traducción sino perífrasis, indagar acerca de la articulación teórica permanente, en cierto modo alegórica, que comprende los signos superiores de las frases, abarque el residuo esencial de las palabras y busque el significado de los significados; todo lo cual ha de llevarnos, en este caso, dentro del enfoque de estos cinco testimonios plurales -repito- y hasta antagónicos, al descubrimiento de un entretejido signo unitario.

Vana sería ante la figura de Grau cualquier tentativa que para capitalizada hicieran las jaurías de las pasiones políticas o los fanatismos de las ideocracias. También las divisiones sociales resultan en este caso superadas por la hondura, la permanencia, la autenticidad fundamentales de los valores humanos aquí visibles y que incluyen, entre otros elementos, el sentido de la dignidad ante el peligro y la muerte, el desprecio sistemático del provecho utilitario, el ordenamiento de la conducta de acuerdo con los imperativos de la buena conciencia. Muchas cosas cambiarán; muchas cosas deben cambiar en el Perú; pero no la gloria de Grau.

Cuando vivimos en medio de una crisis honda y universal en este país olvidadizo, evocar a Grau en su significado más profundo implica nada menos que provocar esa actitud por los griegos llamada catarsis, o sea una limpieza o descarga. Sobre todo en días de honda incertidumbre colectiva. Debemos recordarlo como antídoto frente a cualquier tipo de conducta desorganizada o irracional; y también como un reproche a la decadencia de la moral pública y la moral privada.